

CO

RA

ZC

en cuarentena en cuarentena en cuarentena en cuarentena

MIGUEL PULIDO M.

Título original: **CORAZÓN EN CUARENTENA**

Mensajes del Evangelio para atravesar una pandemia

Primera edición: Mayo, 2020

Bogotá, Colombia

©2020, Miguel Ángel Pulido Moreno

Correo electrónico: pulidocalderon@hotmail.com

Blog: www.pulidomiguel.co

Edición y corrección: José Miguel Gómez

Diseño de cubierta y diagramación:

Laura María Calderón Barrios

Reservados todos los derechos a menos que se indique lo contrario.

A menos que se menciona una referencia distinta, el texto bíblico se tomó de la Santa Biblia Nueva Versión Internacional, ©1999 por Sociedad Bíblica Internacional.

ISBN: 978-958-48-9027-6

CATEGORÍA: Vida cristiana/General

LIBRO DIGITAL

Contenido

<i>Todo pasó demasiado rápido</i>	4
<i>Lo más aterrador de todo</i>	15
<i>Síntomas y enfermedad</i>	32
<i>Tres cruces en el Calvario</i>	46
<i>Pescadores judíos y orfebres japoneses</i>	63
<i>Vivir para morir</i>	80
<i>Por ese día...</i>	98

Introducción

Todo pasó demasiado rápido

En principio, parecía una noticia al pie de la página, un evento particular que estaba ocurriendo al otro lado del planeta, un virus que se proliferaba con demasiada rapidez y había cobrado algunas víctimas mortales. Sin embargo, ¿no había cosas mucho peores en el mundo? ¿Ahora sí hacíamos escándalo, pero permanecíamos en silencio frente al hambre, el ébola, la corrupción o las decenas de enfermedades que se podrían prevenir si todas las personas pudieran acceder al agua potable? ¿No era esto simplemente una treta comunicativa para infundir pánico?

Esas preguntas resumían mi primera reacción.

No obstante, el coronavirus seguía avanzando implacablemente. Ya no era un país o una región, todos los continentes empezaron a reportar casos de contagiados. De un momento a otro la cuestión dejó de ser si el virus llegaría a nuestros países, y las preguntas empezaron a ser *cuándo* llegaría y *cómo* actuaríamos. Cuando se reportó el primer caso positivo en Colombia, mi atención se encontraba en un lugar diferente.

Lo que me hizo darme cuenta de que esto iba en serio fue la rapidez con la que se desarrollaron las cosas. Un domingo toda la iglesia estaba reunida como siempre: dos horarios, cantamos juntos, escuchamos la predicación, los niños corrían por el edificio, nos abrazamos y conversamos tranquilamente. Durante la semana se conoció el primer caso e, inicialmente, se permitió que hubiera reuniones de menos de 500 personas con los cuidados debidos.

De una semana para otra, veías un montón de sillas vacías entre las personas. Muchos se quedaron en casa por prevención. Quienes asistimos no nos saludamos antes, durante ni al finalizar la reunión. Los abrazos fueron sustituidos por tímidos gestos a distancia. Se percibía un ambiente enrarecido ese día.

Corazón en cuarentena

El martes siguiente, como equipo pastoral de la iglesia, nos encontramos para definir la ruta a seguir. La idea inicial fue grabar un servicio el día viernes y transmitirlo por internet. Había que pensar y actuar rápido. No obstante, el miércoles se decretó que no podríamos salir de casa y reunirnos desde el jueves a medianoche. La grabación se tuvo que adelantar un día y empezamos a concebir cómo sería una reunión dominical durante la cuarentena que se avecinaba. Además, fue necesario cancelar reuniones de grupos pequeños, enviar comunicados por las redes sociales y hacer decenas de llamadas de contingencia, pensando en aquellos que no estaban presentes en la virtualidad.

Una semana vertiginosa en una situación cambiante.

Y, sin imaginarlo, desde ese momento no hemos vuelto a abrazarnos, sentarnos a conversar o tomar un café. Ahora estamos en casa con nuestra familia, haciendo video-llamadas para tener contacto con la familia extendida y los amigos cercanos, pensando lo que significa ser iglesia más allá de una reunión en un edificio, reflexionando sobre la solidaridad como mecanismo de supervivencia y lo que representa una cuarentena responsable que busca que la expansión de un virus frene su ímpetu. La incertidumbre nos visita con frecuencia, ya que no sabemos cuánto durará esta situación o cómo se comportará la economía en un futuro próximo. Los niños, jóvenes y adultos tratan de mantener su rutina de estudios y trabajo gracias a la virtualidad, como intentando aferrarse a una cotidianidad que dejó de ser la misma.

Nos preguntamos cuándo volverá la normalidad... o si regresará.

Un microorganismo cambió el mundo como lo conocíamos.

Una pregunta por abordar

Las crisis nos dirigen inevitablemente hacia las preguntas. Dependiendo de su profundidad, pueden ser cuestiones puramente prácticas o dudas existenciales y trascendentales. Frente a una pandemia global y los cambios que ello ha significado, hemos enfrentado preguntas que se encuentran dentro de todo el espectro de cuestionamientos vitales. Sin embargo, como una gran mayoría de nosotros se encuentra en una situación similar (en menor o mayor medida), considero que estos interrogantes se han convertido en un lugar común, todos los hemos enfrentado.

¿Qué significa esto? ¿Cómo deberíamos reaccionar? ¿Qué pasa si las cuarentenas se siguen extendiendo indefinidamente? ¿Qué ocurrirá con los proyectos que teníamos como hacer un viaje, dar una conferencia, lanzar un producto o empezar una empresa? ¿Qué de los matrimonios pospuestos o los bebés que nazcan durante este período? ¿Cómo se deberían invertir los recursos económicos de la nación? ¿De qué forma lidiamos con la variedad de sentimientos que se levantan dentro de nosotros, aunque parecen tan disímiles unos de los otros? ¿Qué hacer para sobrevivir al encierro en familia? ¿Deberíamos ser más productivos o descansar un poco? ¿Vamos a regresar a la normalidad?

Probablemente sientas que estas preguntas solamente están arañando la superficie o, por el contrario, pusieron en palabras lo que has enfrentado durante este tiempo.

En el medio cristiano se tratan de enfrentar dos interrogantes principalmente: *por qué* y *para qué*. Hay libros, escritos y videos que buscan explicar las razones por las cuales el coronavirus está entre nosotros. He leído trabajos que buscan demostrar que la presencia del sufrimiento no

niega la existencia de Dios, otros aseguran que todo esto es consecuencia de nuestro pecado y del castigo divino, otros más afirman que el fin de los tiempos está aquí y en menos de lo que canta un gallo veremos a Jesús en las nubes. Por otro lado, dentro de la mentalidad popular se ha acuñado el cliché “no le preguntes a Dios *por qué sino para qué*”, lo cual ha generado todo un torrente de perspectivas que nos invitan a encontrar lo bueno dentro de lo malo, a hallar el bien que Dios prometió para los suyos frente a cualquier situación de la vida.

Podemos estar de acuerdo o no con esas perspectivas. Algunos de esos trabajos son brillantes y persuasivos, otros viciados y manipuladores. Sumemos el exceso de información que hay en la red, que indudablemente nos deja aturcidos y tremendamente intrigados. Hay personas que aseguran que el Covid-19 es un virus de laboratorio creado para generar una guerra biológica; otros que es un invento de los medios para trastornar la economía mundial; unos más afirman que los gobiernos nos ocultan la verdad y, en realidad, hay más muertos de los que creemos; otros que es un ciclo temporal que ocurre más o menos cada siglo para equilibrar los sistemas dentro del planeta... en fin. Existen teorías de todo tipo.

No quiero llover sobre mojado. La cuestión que pienso asumir no proviene de una investigación respecto al verdadero origen de esta pandemia, ni deseo persuadirte respecto al porqué el sufrimiento no debería llevarte a dudar de Dios, ni pretendo demostrar cuál es el propósito que se esconde detrás de esta situación.

Mi pregunta es más sencilla: ¿y entonces qué?

Independientemente de las razones y las explicaciones, de los propósitos y las metodologías, el dolor es una realidad

común a la experiencia humana. Lo tratamos de evitar de todas las formas posibles, pero tarde o temprano nos visita. No queremos sufrir ni que los nuestros sufran. Es curioso que hablamos de “seguros de vida”, pero ellos no nos pueden asegurar la vida, sino solamente que haya algo de dinero para los nuestros después de la muerte; lo mismo nos ocurre con los “seguros médicos”: lo que queremos asegurar es una mejor atención cuando la enfermedad toque a la puerta.

Entiéndeme, por favor, no soy un fatalista ni un cínico, simplemente soy un ser humano que observa la realidad y sabe que tendremos que responder frente al dolor en nuestro caminar.

Porque nadie tiene la garantía de una vida sin sufrimiento.

La pandemia del coronavirus se ha convertido en un sufrimiento comunitario sin precedentes. Todos, sin importar género, edad, raza o trasfondo, nos encontramos en un momento donde tenemos interrogantes similares. Claro, cada manifestación es particular, pero una experiencia general de estas características ha desnudado nuestra fragilidad, falta de control y nos ha llevado a reconocer que somos mucho más parecidos de lo que quisiéramos asumir en primera instancia. Poco importa el dinero que tenemos, la cantidad de posesiones, la profundidad de nuestros conocimientos o la sinceridad de nuestras creencias. Este virus no discrimina. Es un recordatorio de que nuestro punto de convergencia es nuestra humanidad.

Así que, frente a esta situación, deseo asumir a lo largo de estas páginas la siguiente pregunta: *¿y entonces* qué ofrece el Evangelio para esta realidad?

¿Qué perspectivas brinda para una experiencia tan particular?

¿Cómo nos ayuda el mensaje de Jesús a enfrentar este sufrimiento?

¿Cómo funciona?

Escribo este libro en medio de una cuarentena extendida, pero la situación es tan cambiante que puede variar de un momento a otro. Quizás cuando lo recibas en tus manos, el escenario será diferente. Mi anhelo es que este libro te lleve a reflexiones sobre la esencia de lo que somos y creemos, pero su detonante es una experiencia tan particular como una pandemia y pretendo dar mi opinión dentro de ese marco de referencia. La situación actual es la generadora y el detonante de necesidades específicas. Sin embargo, el mensaje del Evangelio tiene un planteamiento categórico respecto a lo que requiere nuestra vida en su sentido más amplio, profundo y real.

El foco de la historia no es el coronavirus, es Jesús.

Trataré de ser conciso y concreto, probablemente dejando muchas cosas por fuera que te hubiera gustado abordar. No tocaré todos los pasajes ni analizaré todas las realidades. No soy un experto que pretende dar análisis detallados, soy un seguidor de Jesús que procura compartir una mirada. Más que dar la conclusión final, espero expresar la palabra inicial. Quiero que veas tu realidad a la luz del mensaje de Jesús, que ciertamente tiene mucho para decirnos el día de hoy, incluso en medio una pandemia nunca antes vista. Sus palabras tienen relevancia eterna.

Una de las verdades centrales del Evangelio es que Dios se encarnó. Aunque la discusión respecto a la profundidad de ese concepto sigue vigente en medio de los círculos teológicos, en su sentido más concreto y práctico significa que, en

Jesús, Dios atravesó por todo lo que lo que implica ser humano. La alegría, la tristeza, la incertidumbre, la traición, el temor, la amistad, la celebración, el triunfo y la derrota. No tenemos un Dios ajeno ni distante que nos observa insensible desde la lejanía, sino que en el hecho misterioso de hacerse hombre nos expresa la declaración más confortante de la historia: “entiendo cómo te sientes”.

Así que mi propuesta es esta: caminemos juntos por algunas escenas de los evangelios donde Jesús encaró el dolor humano en distintas dimensiones. Cada narración tiene mensajes que nos llevan a asumir nuestra realidad desde diversos puntos de vista. Algunos probablemente serán innovadores, otros seguramente serán conceptos que ya has escuchado. En cualquier caso, anhelo que tu corazón le dé espacio a esas verdades y puedas ver que el sufrimiento no tiene la última palabra. El Evangelio no es un cheque en blanco para una vida sin dolor; más bien es una invitación a asumirlo desde una perspectiva diferente, porque no se trata de negarlo, ignorarlo o rechazarlo con fórmulas religiosas preestablecidas, sino de atravesarlo y enfrentarlo para encontrar que Dios tiene la capacidad de crear algo nuevo aún del sufrimiento más terrible y de la injusticia más plausible.

La historia de Jesús no terminó en la cruz.

Pero la cruz fue parte de la historia.

Considero importante hacer una aclaración. A lo largo de este libro encontrarás ideas que se reiteran en varios capítulos, incluso con frases bastante similares, a pesar de provenir de narraciones distintas. Esto es intencional. Aunque se podría ver como una falta de creatividad o una repetición innecesaria, lo mantuve así por otra razón. No

es coincidencia que en los evangelios se repitan historias, ideas, palabras y que ciertas escenas tengan similitudes extraordinarias. El Evangelio tiene enfoques sobre los que gira su mensaje, de tal manera que no debería extrañarlos encontrarlos de forma insistente en múltiples narraciones. La repetición también puede verse como un énfasis, como el deseo de que queden arraigadas ciertas verdades en nuestros corazones. Son pensamientos que necesitamos escuchar de distintas maneras, desde diferentes contextos y en diversos momentos.

¿Todo va a salir bien?

Se han promocionado campañas por las redes sociales en las que nos impulsan a tomarnos fotos que transmitan esperanza, que le digan al mundo que todo va a salir bien. Hay numerales y tendencias que apuntan a ello, videos emocionales que nos llevan a remover las fibras más profundas de nuestro ser, escritos y discursos que nos quieren animar a seguir adelante con la ilusión de volvernos a abrazar. En mi caso personal, sueño con el momento de volver a verme con mi familia extendida, encontrarme con mis amigos para un café y regresar a una reunión de la iglesia para abrazar a mi gente.

La vida ya no es normal.

Pero esperamos que vuelva a serlo.

Sin embargo, creo que deberíamos hacer una pausa. Porque la cuestión que necesitamos asumir es: ¿qué significa *bien* en la frase “todo va a salir bien”? Por supuesto, la idea es que nos cuidemos, que haya la menor cantidad de contagiados, que no lamentemos más muertos. Pero la impresión que me deja esa declaración, por otro lado,

es que este es un capítulo que se va a cerrar, ojalá pronto, para regresar a la normalidad.

¿Es eso lo que queremos?

¿Realmente anhelamos la normalidad?

¿Podemos equiparar nuestro bien con la cotidianidad a la que estábamos acostumbrados?

Evidentemente, la vida nos ha dado un vuelco. Seguramente has visto testimonios gráficos de cómo la naturaleza ha tomado un descanso de nosotros. La contaminación generada por nuestra voracidad ha frenado. Aquello por lo que estaríamos dispuestos a hacer lo que fuera hace unos meses (el celular más reciente, una comida en un restaurante fino de la cual ufanarnos con una fotografía, comprar un elemento de casa que va a hacer nuestra vida más cómoda) hoy ha pasado a un segundo plano. El simple hecho de poner un plato de comida en la mesa es una pequeña victoria digna de celebrar. Hemos vuelto a ver el valor que tiene lo simple, para darnos cuenta que lo que considerábamos importante en realidad no lo era.

Así que puede existir el anhelo de esperar ansiosamente que finalice esta cuarentena, se encuentre una vacuna y, por fin, salgamos del encierro para regresar a una existencia como la conocíamos. Entonces, nada de esto habrá valido la pena. Pasaremos la crisis, pero la crisis no habrá pasado por nosotros. Concluiremos que esto era un paréntesis y no una voz desgarradora que nos grita que cambiemos no sólo nuestro rumbo, sino que busquemos la transformación de nuestro corazón. Pensaremos que esto se trataba de una circunstancia por superar y no una oportunidad para cambiar.

Oro por aquellos que se encuentran enfermos, para que logren salir adelante ganándole la batalla a este aterrador virus. Pero mi preocupación es que hallemos una cura para nuestro egoísmo, individualismo, codicia, indolencia, corrupción, engaño, hipocresía y un extenso etcétera. Pienso que a eso es a lo que apunta el mensaje de Jesús: la modificación de nuestro corazón. El Señor no está preocupado simplemente en mejorar nuestras circunstancias, su anhelo es la renovación de nuestra vida. No tenemos que resignarnos al sufrimiento o declarar que no existe, pero necesitamos aprender a atravesarlo con la confianza de que Dios no nos abandona en ese proceso. La última palabra no la tiene la enfermedad, ni siquiera la muerte, la tiene Jesús.

C.S. Lewis dijo: “Dios susurra y habla a la conciencia a través del placer, pero le grita mediante el dolor: es su megáfono para despertar a un mundo sordo”¹.

Somos sordos que necesitan despertar.

Puedes huir de todo el mundo, pero no puedes huir de ti mismo. Este tiempo te enfrentará a preguntas difíciles que necesitas responder más temprano que tarde, por el bien de tu propia vida y la de los demás. Y eso es bueno. No porque se trate de un juicio a la humanidad (determinarlo está más allá de mis capacidades) o porque Dios disfrute haciéndonos sufrir (porque él no es ningún cínico ni sicópata cósmico), sino porque la historia del Evangelio demuestra que él es capaz de convertir el más profundo de los dolores, la más terrible de las injusticias y la más oscura de las noches en un gozo que no depende de las circunstancias, una esperanza que permanece firme y un amanecer que resplandece con más fuerza que nunca.

La peor tragedia que nos puede ocurrir es salir de todo esto y seguir siendo los mismos.

1. Lewis, C.S. (2012). *El problema del dolor*. Madrid: RIALP. p. 97.

Capítulo 1

Lo más aterrador de todo

Hacia el 17 marzo, unos días antes de que se decretara la cuarentena en Colombia, fui al supermercado para comprar algunas cosas que hacían falta en casa. Algo en el ambiente era inusual. El parqueadero estaba completamente lleno, a pesar de ser mitad de la mañana de un día entre semana. La sorpresa siguió cuando entré y vi las interminables filas de gente frente a cada una de las cajas. Al menos había 20 carros de mercado en cada una de las 25 cajas, todas habilitadas.

Muchos anaqueles estaban vacíos y los funcionarios corrían aturcidos porque no daban abasto frente a la demanda de los clientes. Vi que una señora había tomado 3 cajas completas de cartones de atún (o sea, unas 120 latas) y 3 bolsas de 10 kilos de arroz cada una (¡30 kilos!). Llegué a comprar el jabón líquido de manos y, como es costumbre, tomé el que siempre compramos. Un señor me lo rapó porque era el último anti-bacterial que quedaba, a pesar de que ya llevaba otros cuatro. Escuché de alguien que ofrecía cajas de tapabocas a \$50.000, aunque un par de semanas atrás no sobrepasaban los \$10.000.

Entre el pánico y la estupidez no hay mucha diferencia.

El mundo tiene temor y se respira intranquilidad en el ambiente. Los medios de comunicación tampoco ayudan mucho, porque dicen que debemos mantener la calma, pero hacen informes que incluyen música terrorífica, cifras en rojo, dibujos que manifiestan un crecimiento aterrador de contagios, crean *hashtags* y dedican una gran parte de sus noticieros a girar sobre el mismo punto.

¿Quién los entiende?

La sensación que me dejó esa experiencia en el supermercado es que cada quién quiere salvarse y los demás que lo

solucionen como puedan. Cada uno puede comprar lo que quiera, pero ¿es necesario un jabón más cuando ya tienes 4 en la despensa? ¿Son necesarias 120 latas de atún cuando puede haber familias a las que les servirían 10 de esas?

Mi dificultad no es con la prevención, es con el egoísmo.

Porque parece que lo importante no es que *sobrevivamos*, sino que yo sobreviva.

Nos ufamamos de ser la generación que tiene un mayor sentido de humanidad, que es capaz de pensar en los más necesitados, de darle voz a los animales maltratados, de defender el cuidado del medio ambiente, pero un virus microscópico expuso la fragilidad de nuestro cuerpo y también de nuestra ética. Tan pronto como el barco se hunde, nos importa salir a flote y los demás que se ingenien la manera de subsistir. El concepto de sacrificio no está en nuestro lenguaje. Cada cual responde por lo suyo.

El coronavirus demostró que nuestro sentido de humanidad llega a su fin cuando se trata del propio pellejo. Las crisis manifiestan de qué estamos hechos y, lamentablemente, parece que estamos compuestos por una gran capa de orgullo, codicia y egoísmo. Vivimos en medio de la generación más avanzada tecnológicamente en toda la historia humana, pero no importa sacar a pasear de vez en cuando al troglodita primitivo que todos llevamos dentro.

Así que, pensándolo bien, no simplemente se trata de que el sentido de la humanidad llegue a su fin, sino que los seres humanos *también* estamos capacitados para llevar a ejecutar actos terribles. No unos pocos, sino cada uno de nosotros. El encierro en casa por motivo de la cuarentena es el mejor laboratorio para demostrar esa tesis.

Hace un tiempo en una reunión de parejas que tenemos con amigos nos sentimos identificados con esa idea de “ella/él saca lo peor de mí”. Todos asentimos. ¿Cómo es posible que esa persona tenga la capacidad de hacernos explotar, de frustrarnos y de llevarnos por caminos antes inexplorados para nosotros? Después de pensarlo detenidamente descubrí que esa premisa era un error. No es que esa persona saque lo peor de mí, saca lo que es la verdad de mí. Yo también soy eso. Soy airado, inconsistente, tóxico con sus palabras. No es que constantemente sea un tipo buena gente que de vez en cuando se descarrila, sino que dentro de mí hay un monstruo que tiene la facultad de hacer mucho daño, incluso a las personas que más ama. Esa también es parte de mi verdad.

Una crisis es suficiente para desnudar lo que en realidad somos.

Capaces del horror

Esta sección la escribo desde el dolor, la rabia y el sinsabor. Lo que levantó estos sentimientos fue un video del que estaban hablando muchas personas en *Instagram*². En él aparecía un médico grabándose con la cámara de su celular en un carro. Se veía molesto. Estaba en un momento de tanta ira que varias veces se le entrecortó la voz, como deseando llorar de la impotencia. En la grabación que dura un poco más de dos minutos denuncia el daño que le hicieron a un colega, a quien le amenazaron a su familia con estas terribles palabras: “Doctor, si no se va, matamos a su esposa e hijos”. ¿La razón? Como él está trabajando en hospitales, expuesto más que nadie a ser contagiado por el coronavirus, su presencia era interpretada como una amenaza por

2. Leonel Leal. (2020). *Inacceptable!!!!* [en línea]. Recuperado de: https://www.instagram.com/p/B_TA_nNnH31/

algunas personas de su conjunto residencial. Ratas de la peor calaña. Su egoísmo ciego los llevó a redactar una frase tan estrecha como su cerebro.

Toda maldad es horrible, pero hay ciertos grados de crueldad y vileza que no dejan de sorprenderme.

Somos capaces del horror.

Hay suficientes pruebas rondando y conozco testigos de primera mano que me hablan de cómo se envía al personal médico (al menos en Colombia) a una guerra casi suicida. No hay equipos adecuados, las situaciones son precarias, las exposiciones son desmedidas y las demandas inhumanas. Los hospitales no son fundaciones de caridad, son máquinas económicas que quieren ahorrar pesos, establecer negocios y abaratar costos. Los médicos son empleados que están a merced de decisiones de los otros, quienes en muchos casos tienen que comprar su propia indumentaria para resguardarse porque los hospitales no están dispuestos a invertir en ello. Es como si fueras a trabajar como asesor en un banco y te dijeran que tienes que llevar tu propio escritorio, silla y computador.

Lo peor de todo es que creemos que la situación está bien, porque lo que se visualiza en los medios son ideas mucho más románticas. Aplaudimos desde el balcón en la noche, damos gracias en las redes sociales con el numeral de moda, posteamos videos con música conmovedora. Nos referimos a ellos como héroes, pero olvidamos que también pueden ser víctimas. La idealización de su papel es un placebo emocional que nos hace perder de vista la terrible realidad de una corrupción asesina que está pudriendo los cimientos de nuestra sociedad.

Los ladrones que se roban el dinero de la salud, aquellos que pertenecen a carteles (que es un nombre elegante para no hablar de bandas de hampones) que buscan cómo sacar una tajada para sus billeteras, ¡ellos son una verdadera enfermedad! Su codicia es pandémica y cobra más víctimas que cualquier enfermedad.

A niveles globales, esta pandemia ha demostrado los alcances de la desigualdad y los daños tan profundos que hace la corrupción en distintos niveles. Hay gente que podría sobrevivir, pero como los recursos se estancan en unos pocos que están en la cumbre de la pirámide económica, una gran cantidad de la población queda sumamente expuesta. Solamente una cifra para dar una idea: “41 países africanos (combinados) suman menos 2.000 respiradores, mientras que solo EE.UU. posee más de 170.000”³. Aunque esta cifra tiene poco que ver con la gestión de la pandemia, que ha sido mejor manejada por varios gobiernos africanos que por el estadounidense⁴, demuestra la desigualdad al acceso de recursos vitales en situaciones de crisis.

Ni por un momento pienses que esto significa que toda persona pobre es justa por serlo. En Colombia es conocido el drama de las familias que cuelgan pañuelos rojos en sus ventanas como una voz de auxilio, porque ya no tienen recursos para subsistir en medio de la cuarentena; pero también existen múltiples estudios sociales que demuestran que otras fuentes de la pobreza son la mala

3. RT En Español. (2020). “*Lo peor está por venir*” [en línea]. Recuperado de: https://www.instagram.com/p/B_P7TauCZ4g/

4. Guajardo, Gonzalo. (2020). *¿Por qué los casos de la Covid-19 en África son tan bajos?* La Vanguardia [En línea] Recuperado de: <https://www.lavanguardia.com/participacion/lectores-corresponsales/20200412/48417555020/analisis-baja-incidencia-pandemia-covid-19-africa-caso-etiofia.html>

administración, el consumo de alucinógenos y bebidas embriagantes, entre otras. Adicionalmente, empiezan a aparecer evidencias de cifras infladas en los mercados de beneficencia que se han entregado en ciertas regiones, donde se colocan productos hasta 4 veces por encima del precio de un mercado normal⁵. La corrupción no está en cuarentena.

Sinceramente, le temo más a ciertos humanos que al coronavirus.

Porque el problema no es de fondos, el problema está en cada uno de nosotros.

El problema está en el corazón.

¿Qué es el corazón?

En el capítulo 7 de Marcos encontramos una disputa entre los fariseos y saduceos con Jesús. Lo que le reclamaban es que sus discípulos (los de Jesús) no se lavaban las manos para comer, lo cuál hacía que sus manos fueran inmundas a la hora de ingerir alimentos. ¡Estaban yendo en contra de la tradición de los ancianos! Por eso ellos (fariseos y saduceos) no sólo se lavaban, sino que trataban de purificar todo lo que eventualmente llegara a tener contacto con los alimentos. Así no se contaminaban. ¡Eso sí era santidad en su máxima expresión!

¿Cómo respondió Jesús ante esta situación?

Los encaró, convirtiéndolos de confrontadores a confrontados.

Primero, como era típico, los llamó “hipócritas”. Después

5. Me dicen Wally. (2020). *Robo Solidario* [En línea]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=UwFlt5wSyJc>

les recordó las palabras que el profeta Isaías le dijo al Israel de antaño, las cuales seguían siendo sumamente relevantes para ese momento:

*“Este pueblo me honra con los labios,
pero su corazón está lejos de mí.
En vano me adoran;
sus enseñanzas no son más que reglas humanas”
(Marcos 7:6-7)*

Sus tradiciones se habían vuelto más importantes que los mandatos divinos. Estaban desenfocados, habían perdido de vista lo esencial: el problema del ser humano no está en lo externo, está en su corazón. ¿Cómo es eso que lo que viene de afuera no es lo que contamina, sino lo que está adentro?

Cuando Jesús declara que el problema del hombre está en el corazón no está hablando del músculo que irriga sangre a nuestro cuerpo ni de una manera poética en la que nos referimos a nuestra dimensión emotiva. Alude, como es propio de la concepción judía, al centro de mando del ser humano. El corazón es el núcleo del carácter de las personas. De allí surgen los pensamientos, las acciones, las conductas, los sentimientos, las emociones y cada una de las dimensiones que componen nuestra humanidad.

Hace unos años se promocionaba un sticker para carros que decía “Jesús es mi copiloto”. Suena linda la herejía. ¿Qué hace un copiloto? Básicamente, acompaña, pero no mucho más que eso. No toma decisiones trascendentales sobre la ruta, incluso con frecuencia se queda dormido en el recorrido. Muchos ven la fe así, simplemente sumaron a Jesús a su vida ya articulada y planeada, de tal forma que sólo acuden a él cuando necesitan algo, pero nada más.

No han rendido el timón o, en el lenguaje de ese entonces, siguen siendo los señores de su corazón, rehusándose a ser dirigidos por la voluntad de Dios.

Así pues, Jesús está confrontando lo más íntimo y lo más valioso de sus oyentes. En otras palabras, no se contenta con que la fachada de la casa esté bien presentada, sino que quiere descubrir cada rincón del interior. Porque una casa con buena fachada tarde o temprano se va a venir abajo si el óxido y la podredumbre la carcomen desde adentro.

¿Ves porqué no es suficiente simplemente con tener buenos comportamientos o con hacer obras de caridad?

Nos encontramos en un momento donde hay miles de personas que necesitan sobrevivir no sólo contra un virus sino contra la crudeza del día a día. No tienen con qué comer. Por eso se han levantado muchos movimientos positivos que buscan darles ayudas para que tengan un plato de comida asegurado mientras pasa esta temporada. Sin embargo, al instante también se dispara una tentación, que es la de enorgullecernos de esa bondad, bien sea silenciosamente o compartiéndola en las redes. Usamos la compasión como una plataforma de publicidad para nuestro ego. Hasta nuestros buenos actos pueden mancharse de vanagloria.

La bondad es bastante tímida: cuando se promociona, desaparece. Es una planta que da frutos sólo si se mantiene a la sombra. Las acciones de solidaridad dejan de ser tales cuando se convierten en una metodología para mostrarle a otros nuestra propia justicia. La verdadera bondad es silenciosa, al punto que no necesita que la mano izquierda sepa lo que hace la derecha. Para buscar el bien de los otros no necesita *likes*. No requiere de aprobación para llevarse a cabo. Bien haríamos en recordar que Jesús le *pidió* a la gente en

repetidas ocasiones que guardara silencio respecto al bien que les había hecho, ya fuera liberándolos o sanándolos.

Por eso Jesús dice que el problema de fondo está en el corazón, no en los comportamientos. Todo comportamiento adecuado que no surja de un corazón restaurado puede llevar a diferentes tipos de degradación. El nombre que le puso Jesús a la inconsistencia entre los comportamientos y el corazón fue hipocresía.

La integridad, por lo tanto, ocurre cuando existe congruencia entre un corazón renovado que practica comportamientos indicados. Los frutos de una vida transformada son evidentes.

Pero eso no es algo que podamos lograr por nosotros mismos. Seguramente lo has intentado. Quizás muchas veces. Has hecho las promesas, tomado las medidas, leído la literatura correcta, pero hay sombras que nos acompañan constantemente, monstruos que pensábamos haber domesticado y se despiertan inesperadamente. Claro, tenemos avances, pero también retrocesos. Somos una conjugación de contradicciones.

Todos tenemos límites. Sabemos que hay dimensiones de la vida que están fuera de nuestro control, que nos sobrepasan, que aturden, que son un recordatorio de nuestra fragilidad. Hacemos todo lo posible por corregir nuestras miserias (u ocultarlas) o, en su defecto, encontrar los medios a nuestro alcance para gestionarlas. Gran parte del avance de la historia puede verse como una lucha incesante por superar nuestras limitaciones, curar nuestras enfermedades, extender nuestra existencia y hacer más cómoda nuestra vida.

En términos de tecnología, pertenecemos a la generación

más avanzada en la historia de la humanidad. Estamos siendo testigos de adelantos que considerábamos ciencia ficción hace solamente unos años atrás. Podemos comunicarnos en vivo y en directo con personas al otro lado del planeta desde nuestro celular. Existen médicos que, por medio de robots y equipos remotos de alta precisión, pueden operar a personas con las que no necesitan tener contacto físico.

Y esos logros tienden a llevarnos hacia el orgullo. Nos creemos omnipotentes.

Entonces aparecen esas personas irresponsables que se toman una cuarentena como si fuera un deporte, olvidando que la cuestión no radica en ellos sino en los cientos que pueden ser contagiados por su irresponsabilidad. El egoísmo sigue presente en el corazón de una generación que tiende a ufanarse de su sensibilidad y capacidad humanitaria. Llega un microorganismo y nos recuerda que somos vulnerables. Demasiado. No solo física sino moral, emocional y éticamente. En un laboratorio se puede encontrar la vacuna para el coronavirus, pero también se han inventado armas biológicas o bombas atómicas.

La ciencia tiene límites.

No puede transformar el corazón.

Paradójicamente, los seres humanos hemos acudido a otra fuente de consuelo: la religiosidad. Algunos dirían que es el extremo opuesto de la ciencia, pero parece traer una clase similar de alivio, una búsqueda de esperanza y algún sentido de control. Sin embargo, no vas a pasar mucho tiempo en esta carrera de la vida para darte cuenta que la existencia no funciona por una ley de causa y efecto.

El sufrimiento toca a la puerta sin discriminar creencias.

El coronavirus no pregunta si hiciste los rituales religiosos correctos para protegerte. La desesperación por la situación actual visita, tal vez con más ahínco, a aquellos que se resguardaban detrás de apariencias religiosas pero que no habían lidiado verdaderamente con las miserias de su propia vida, de tal manera que entran en una demencia existencial donde parece que su mundo se desmorona a pedazos, incluida su fe. Porque las tradiciones religiosas pueden convertirse en fachadas incapaces de transformar el carácter. Sin embargo, como le ocurrió a los fariseos, pueden ser una fuente de la cual bebe la dureza del corazón.

Sabemos que los sacrificios humanos estaban prohibidos en la religión judía. Eran abominables. A primera vista podríamos pensar que no tiene ningún sentido comparar las religiones paganas con el judaísmo de ese entonces, pero a estas alturas del Evangelio los líderes judíos estaban planeando matar a Jesús. Estaban dispuestos a derramar sangre humana por mantener el *status quo* de una religión decadente, estéril y que no podía brindar esperanza verdadera al que la necesitaba. Sus rituales estaban tan vacíos como su corazón.

Es curioso cómo funciona el pecado en el corazón del ser humano: nos lleva a ignorar nuestra propia inmoralidad. Somos excelentes arreglándole la vida a otros, pero pésimos trabajando con la propia. Acudimos a ciertos rituales como una manera de acallar de nuestra conciencia, de aplacar una emocionalidad endurecida por el orgullo, el egoísmo y la envidia. Pensamos que un poco de comportamientos adecuados cubren el olor de un corazón podrido. Sin embargo, ese es el engaño de la hipocresía. Crea una estupenda ceguera para darnos cuenta de nuestro propio

pecado, el cual incluso podemos llegar a justificar con una serie de incoherencias que pueden sonar “espirituales”.

La religiosidad tiene límites.
No puede transformar el corazón.

¿Dónde podemos encontrar la esperanza de transformación?

Benditos colapsos

Analizando la situación actual, el reconocido luchador estadounidense Hulk Hogan dijo: “En apenas unos meses, Dios nos ha quitado lo que adoramos. ‘¿Desean adorar deportistas? Cierro los estadios. ¿Adorar músicos y artistas? Cierro teatros. ¿Quieren adorar el dinero? Cerraré la economía. ¿Quieren adorar un edificio? Haré que no puedan ir al templo”⁶.

Muchos sentimos que el mundo como lo conocíamos dejó de existir. Ese trastorno de lo que dábamos por sentado y considerábamos más importante nos ha llevado a enfrentar preguntas difíciles respecto a nosotros mismos, nuestras perspectivas, nuestra fe y nuestro carácter. La esperanza que tenemos es que Dios sigue en el propósito bendito de hacernos más parecidos a Jesús, utilizando incluso los colapsos de una sociedad para realizar el milagro de cumplir la promesa que hizo a su pueblo desde épocas antiguas:

Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne. Infundiré mi Espíritu en ustedes, y haré que sigan mis preceptos y obedezcan mis leyes.

(Ezequiel 36:26-27)

6. Junior Zapata. (2020). *Frase de Hulk Hogan* [En línea]. Recuperado de: https://www.instagram.com/p/B_A2WBVnlg4/

¿Ves el orden de los factores?

Primero un corazón nuevo, después unos comportamientos distintos.

¿Ves quién ejecuta los verbos?

Dios.

La frustración de muchos ejercicios religiosos proviene de la pretensión de hacer lo que sólo Dios puede. Somos incapaces de cambiar el corazón. Ni el de otros ni el nuestro. Necesitamos que Dios vuelva a hacer lo que hizo al inicio de los tiempos: soplar una nueva vida en nosotros.

En esa promesa de Ezequiel descubres que hay un intercambio intencional entre los términos *corazón y espíritu*. Son dos palabras para referirse a la misma cosa: aquello que dirige todo lo que hacemos. Así que la promesa es que Dios mismo vendrá a los suyos y, gracias a ello, podrán tener un caminar que lo honre a él en cada paso.

Es como si su anhelo de cercanía con nosotros lo llevara en un movimiento irresistible hacia la intimidad. Los antiguos pensaban que los dioses estaban en contra o, en el mejor caso, lejos de ellos; sin embargo, a lo largo del Antiguo Testamento encontramos el revolucionario concepto de un Dios que está *a favor* de su pueblo. No contento con eso, envía a Jesús, que es llamado Emanuel, Dios con nosotros. Pero como si hubiera que ir un paso más lejos, se ejecuta la extraordinaria promesa del Espíritu de Dios *en* cada uno de los creyentes.

Pablo resalta que esto no se trata simplemente de asuntos extrasensoriales o de manifestaciones místicas, sino que la evidencia de la obra del Espíritu Santo en la vida de

cualquier creyente es profundamente relacional e intensamente práctica:

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: «¡Abba! ¡Padre!» El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. (Romanos 8:14-16)

La peor tragedia del pecado no es una moralidad equivocada.

La peor miseria del pecado es que nos convierte en huérfanos.

Por nuestro trasfondo cultural e histórico pensamos que la meta suprema de la religión es hacernos buenas personas. Por eso hacemos tanto énfasis en la moralidad y en los valores. Sin embargo, lo que más anhela nuestro corazón errante es un papá. Queremos saber si hay una oportunidad para nosotros cuando retornemos a casa. Más que un rayo fulminante, que sabemos que lo podemos merecer, encontrarnos con el abrazo del Padre es lo que verdaderamente nos transforma. Su cariño irrestricto modifica las fibras de nuestra esencia.

El huérfano cree que es un desecho y se comporta como tal. El desprecio se alberga en su alma y lo define. Busca el amor en los lugares inadecuados y termina por deslumbrarse con los espejismos que le prometen. Por eso se siente vacío. Por eso requiere una vida distinta.

Si Jesús no es nuestro todo, algo más lo está siendo. La naturaleza de su mensaje no consiste en ser un complemento para nuestras vidas ya organizadas. Es un error de grandes proporciones pensar que se trata simplemente de una

prioridad, de un punto importante dentro de nuestra agenda. La pretensión de Jesús no es esa. La imagen es claramente absoluta. Todo lo demás pierde su valor, ni siquiera queda en una posición de segundo lugar, cuando se ha encontrado este amor.

El problema de nuestro corazón es el amor.

Amamos más otras cosas que a Dios.

¿Por qué luchamos con ciertos pecados? Porque los amamos.

Un corazón vacío de amor verdadero busca sentido en comportamientos nocivos, perversos, que nos dañan a nosotros y destruyen a otros. El único que lo puede llenar verdaderamente es Jesús. Si entregas ciertamente tu vida a él, no vas a tener que andar mendigando migajas cuando tienes un banquete en casa. No necesitarás saciarte con la comida de los cerdos cuando sabes que tu padre te espera con una fiesta. Puedes dejar de creer que eres un desperdicio, porque Dios te considera su especial tesoro.

El comienzo de cualquier renovación verdadera es la gracia. La gracia lo altera todo. Ni siquiera la fuerza de nuestras conductas perjudiciales puede debilitar el poder de la gracia divina. Dios extiende sus brazos aún en los momentos en los que le has dado la espalda. Eso es amor. Del verdadero. Del real. Del que necesitamos en nuestra vida para no seguir requiriendo de una dosis más de drogas, de alcohol, de sexo ilegítimo, de pornografía, de relaciones tóxicas, de poder, de aceptación condicional, de falsa dignidad.

Una relación con Dios no es simplemente una alternativa para aquel que desea ver un cambio en su corazón; es la propuesta del Evangelio para que haya una transformación

auténtica. La dependencia que proviene de la cercanía es la que produce cambios efectivos. Separados de Jesús no podemos hacer nada (Juan 15:4). Por supuesto, esto no es un evento aislado o un ritual por cumplir, es un camino que recorreremos hasta el fin de nuestros días.

Pedirle a Jesús que sea Señor de tu corazón no es la oración de un día, es un proceso que durará toda la vida.

Lo que nos ofrece el Evangelio no es una serie de rituales para tener a Dios contento, es una persona que nos encuentra en nuestras miserias, falencias y fragilidades, para acompañarnos a caminar juntos en el extenso proceso de parecernos más a Jesús. El Espíritu Santo convence a nuestro corazón de la certeza de que tenemos un Padre, que es la necesidad real que nos lleva a mendigar en la basura alguna búsqueda de significado. La vida en el pecado es una de orfandad, de la incesante y terrible sensación de no tener a dónde ir.

Pero la buena noticia es esta: no tenemos que cumplir unos reglamentos para ser aceptados.

Somos abrazados en nuestros andrajos para ser transformados. El Padre tiene el obstinado deseo de darle la seguridad a nuestro corazón de que somos hijos, no huérfanos.

Capítulo 2

Síntomas y enfermedad

Cuando tenía 3 años, me diagnosticaron neumonía. Pero no fue un doctor profesional, fue una estudiante.

Resulta que empecé a presentar una serie de síntomas muy peculiares que no tenían una relación aparente. Mis padres, obviamente preocupados, me llevaron al hospital para que los médicos determinaran qué era lo que pasaba. Según me cuentan, al lugar entró un profesor de medicina junto con su séquito de alumnos. Probablemente has visto la escena. Los estudiantes escucharon atentamente a su profesor, mientras me observaban y trataban de saber qué era exactamente lo que me pasaba.

Tras sus apreciaciones y mencionar la serie de síntomas, el doctor preguntó:

—¿Qué tiene este niño (estoy casi seguro que agrego “hermoso”)?

La respuesta a esa pregunta era sumamente importante, no solo para mí sino también para ellos. Un buen diagnóstico es importante para un médico, porque es la esencia de su trabajo. Si se sabe cuál es la enfermedad, se le puede atacar directamente. Todos los estudiantes dieron su punto de vista, después de unir todos los síntomas que yo presentaba. Uno a uno el doctor fue descartando las apreciaciones de los estudiantes, incluyendo la de una muchacha, quien muy segura dijo que yo tenía neumonía.

Esa era una propuesta sumamente revolucionaria, porque emprender un tratamiento para una afección pulmonar requiere un enfoque que puede generar más mal que bien si no es esa la enfermedad. Como el profesor no estaba de acuerdo, decidió tomar una ruta diferente. Pero después de un tiempo de no mejoría, de crisis y de exámenes, descubrieron que aquella joven tenía razón.

Y aquí estoy.

Cuento esa experiencia porque durante ese lapso de tiempo, mientras definitivamente descubrieron que aquella estudiante tenía razón trataron mis síntomas, pero no mi enfermedad. Por eso no había mejoría.

A mí me pasó en el cuerpo, pero la verdadera desgracia es que puede suceder constantemente en la vida. Los seres humanos tendemos a diagnosticar mal. Pensamos que los síntomas son la verdadera enfermedad e invertimos nuestro esfuerzo en curarlos, perdiendo de vista el problema real. Por eso tarde o temprano nos sentimos vacíos.

La pregunta que deberíamos hacer

Dialogando con alguien respecto al punto al que nos ha llevado la cuarentena por causa del coronavirus, me hizo caer en cuenta de algo. Ahora todos estamos comprando las cosas básicas y vitales, tratando de estirar nuestro presupuesto lo más posible frente a un futuro incierto. No hay tiempo para pensar en lujos. Así, lo que considerábamos imprescindible, aquello por lo que estaríamos dispuestos a endeudarnos y entrar en conflicto con alguien por obtenerlo, ahora resulta relegado a un plano absolutamente secundario. De muy poco sirve tener miles de seguidores en las redes sociales, por ejemplo, si no tienes con quién hablar sinceramente sobre la soledad que sientes.

¿A quién le interesa ahora tener el teléfono de última generación, el televisor con mejor resolución o la ropa de la moda, cuando hay un virus acechando, el egoísmo del instinto de supervivencia se abre paso entre nosotros y tenemos más preguntas que respuestas sobre lo que pasará en el futuro cercano?

Consideramos que hemos evolucionado, que somos la sociedad que más ha progresado, pero toda esta situación nos ha devuelto a lo básico y retornado a lo esencial. Si lo que valorábamos hace unos días hoy ni siquiera importa, ¿qué tan desarrollada era nuestra civilización? ¿Existe un verdadero progreso cuando, en el camino, se deja de lado lo más importante?

Así que descubrimos que, probablemente, hemos invertido mucho tiempo en aliviar nuestros síntomas, mientras que la enfermedad que carcome nuestra vida sigue estando presente. Una de las mayores luchas de muchos es que no saben cómo lidiar con su propio corazón. Ahora que no podemos escondernos detrás del movimiento y la vertiginosidad de la cotidianidad que teníamos, descubrimos que estamos vacíos en muchos sentidos, nuestros fantasmas nos siguen persiguiendo y las situaciones sin resolver ya no pueden posponerse más.

Las crisis desnudan nuestra verdad.

Ya no podemos mentirnos más a nosotros mismos.

Una de las tragedias que he observado tienen que ver con la visión tan limitada que tenemos de Jesús. Existen formas de predicación que han dado la idea que su labor principal es asegurarnos un futuro placentero en el cielo. Es decir, nuestra concepción de salvación está *exclusivamente* ligada a lo que ocurrirá después de morir. Lo que ocurre antes, depende de nosotros mismos. Muchos consideran que el Evangelio no tiene nada por decir respecto a la sanidad de nuestras emociones, de luchar contra nuestras adicciones o la gestión de nuestras debilidades. Piensan que es irrelevante para ayudarnos a trabajar con el abanico de sentimientos y comportamientos que ha sacado a flote una

cuarentena por un virus que ni siquiera comprendemos. Parece que todo se tratara del más allá, pero no del aquí y del ahora, salvo darnos una serie de reglas por acatar, las cuales, si somos completamente honestos con nosotros mismos, nadie cumple en su totalidad. Absolutamente nadie. Pero creemos que sí.

Entonces, nos volvemos expertos maquilladores de la realidad. No es de extrañar que encontremos la palabra “hipócrita” en los labios de Jesús para referirse a los líderes religiosos de ese entonces. Nadie tenía reglas más pulcras ni predicaba una moralidad más alta. Aun así, tenían una vida estéril, mezquina, cargada de rabia, rencor y envidia. Eran incapaces de lidiar con la suciedad de su propio corazón, a tal punto que encontraron la manera de asesinar a Jesús.

Quizás sus comportamientos eran admirados por el pueblo, pero su corazón estaba lejos del Señor.

Porque el problema de fondo se encuentra en nuestro corazón.

El Evangelio no es un mecanismo para tener una mejor vida, es la afirmación de que necesitamos una nueva. Cuando leemos el Sermón del Monte, por ejemplo, y vemos que Jesús dice que el asesinato no se comete solamente con un arma sino también con nuestras palabras (Mateo 5:21-25); o que el adulterio no se comete solamente en una cama sino también con una mirada (Mateo 5:27-30); o que no solamente debemos amar a nuestros amigos sino también a nuestros enemigos (Mateo 5:43-47); y concluye esa sección con “sean perfectos, así como su Padre celestial es perfecto” (Mateo 5:48), tenemos que reconocer nuestra absoluta incapacidad. No se tiene que ser bueno para cumplir con el mensaje de Jesús, ¡se tiene que ser perfecto!

Entonces se generan dos posibles reacciones: orgullo o frustración. Orgullo porque los que tengan buena conducta en algunos puntos mirarán por encima del hombro a otros y se sentirán superiores a ellos. Estarán en constante competencia por demostrar que son mejores. Juzgar se convierte en su lenguaje. “Gracias a Dios no soy tan mala persona como...”. Viven presentando una vida ideal porque son incapaces de lidiar con su realidad.

Pero aquellos que piensan que todo se trata de esforzarse más, de ser mejores personas, de ser buenos y en el camino descubren que no lo son, entonces se frustran. Sienten que la fe es solamente para una élite de perfectos y claudican o se alejan.

Así que la primera pregunta que el Evangelio detona en nuestro corazón no debería ser: “¿cómo puedo lograrlo?”. Noticia: no puedes. Inténtalo de todas las maneras posible y regresarás a la cruel verdad de la insuficiencia humana. La primera pregunta que deberíamos hacer es: “¿quién puede lograrlo?” Y la respuesta es solamente una: Jesús de Nazaret.

Andy Stanley dijo: “Los cristianos nunca han creído en un Dios que impide que le pasen cosas malas a gente buena. Los cristianos creen que la peor cosa imaginable le ocurrió a la mejor persona posible”⁷.

Porque el Evangelio no es simplemente un mensaje, es una persona.

Y eso es lo que desesperadamente necesitamos.

7. Andy Stanley. (2020). *We live in the messy middle* [En línea]. Recuperado de: https://www.instagram.com/p/B_U6LiGhdXJ/

Milagros malinterpretados

El evangelio de Juan nos atestigua que Jesús multiplicó unos pocos panes y peces para alimentar a toda una multitud hambrienta. Todo ese gentío, al ver que él podía suplir sus necesidades, trató de nombrarlo como rey a la fuerza. Jesús se escabulló (Juan 6:1-15). Atravesando todo un lago, la gente insistía en buscarlo y se da esta conversación:

Cuando lo encontraron al otro lado del lago, le preguntaron:

- Rabí, ¿cuándo llegaste acá?

- Ciertamente les aseguro que ustedes me buscan no porque han visto señales, sino porque comieron pan hasta llenarse. Trabajen, pero no por la comida que es perecedera, sino por la que permanece para vida eterna, la cual les dará el Hijo del hombre. Sobre este ha puesto Dios el Padre su sello de aprobación.

- ¿Qué tenemos que hacer para realizar las obras que Dios exige? —le preguntaron.

- Esta es la obra de Dios: que crean en aquel a quien él envió —les respondió Jesús.

- ¿Y qué señal harás para que la veamos y te creamos? ¿Qué puedes hacer? —insistieron ellos—. Nuestros antepasados comieron el maná en el desierto, como está escrito: “Pan del cielo les dio a comer”.

- Ciertamente les aseguro que no fue Moisés el que les dio a ustedes el pan del cielo —afirmó Jesús—. El que da el verdadero pan del cielo es mi Padre. El pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo.

- Señor —le pidieron—, danos siempre ese pan.

- Yo soy el pan de vida —declaró Jesús—. El que a mí viene nunca pasará hambre, y el que en mí cree nunca más volve-

*rá a tener sed. Pero, como ya les dije, a pesar de que ustedes me han visto, no creen.
(Juan 6:25-36)*

Sin rodeos, Jesús les dice que ellos lo están buscando por los milagros que él hacía. Es muy importante la forma como se utiliza la palabra *señal* en esta sección y en todo el evangelio de Juan.

Los milagros son señales, pero cuando no se ven así, se puede malinterpretar.

Porque son medios, no fines.

Buscar solamente el pan para la vida hace que no se vea al pan de vida. Todo milagro nos debería llevar a los pies de Jesús. Son señales, como las que apuntan a la llegada de una ciudad, pero no son la ciudad en sí. ¿Cómo sería si nos quedáramos mirando el letrero de entrada a París y concluyéramos que ya conocimos la ciudad? Pero eso nos pasa con los milagros. Los seres humanos tendemos a deslumbrarnos por lo que Dios pueda darnos, olvidándonos que nuestra mayor necesidad es Jesús.

Tenemos hambre no de lo que Jesús pueda hacer, sino de él.

El milagro que anhela nuestra alma es él.

Cristo es nuestra mayor necesidad.

Nos engañamos a nosotros mismos, como lo hicieron estos israelitas, pensando que lo que necesitamos son pruebas de Jesús, cuando Jesús está frente a nosotros. Lo que la gente necesitaba era creer, no tener más señales. Con un aire de orgullo le piden pruebas a Jesús citando las Escrituras,

comparando su experiencia con la del pueblo de Israel que caminó en la antigüedad por el desierto y experimentó la provisión de Dios por medio del maná. Sin embargo, cuando leemos una porción más amplia de la sección en la que se encuentra esta frase que la multitud cita, descubrimos que haber recibido maná no es solamente una bendición sino también un juicio.

*Murmuraron contra Dios, y aun dijeron:
«¿Podrá Dios tendernos una mesa en el desierto?
Cuando golpeó la roca,
el agua brotó en torrentes;
pero ¿podrá también darnos de comer?,
¿podrá proveerle carne a su pueblo?»
Cuando el SEÑOR oyó esto, se puso muy furioso;
su enojo se encendió contra Jacob,
su ira ardió contra Israel.
Porque no confiaron en Dios,
ni creyeron que él los salvaría.
Desde lo alto dio una orden a las nubes,
y se abrieron las puertas de los cielos.
Hizo que les lloviera maná, para que comieran;
pan del cielo les dio a comer.
(Salmo 78:19-24)*

La codicia, la queja y la murmuración son una postura del alma. Nos olvidamos de lo primario por quejarnos de lo secundario. Existe una posibilidad muy alta de que podamos estar experimentando los milagros de Dios, pero olvidarnos de quién es Dios y ser desagradecidos con él.

Digo esto con mucho cuidado: puede haber personas que sean adictas a los milagros. La adicción es una forma

de querer llenar vacíos más profundos del corazón con elementos, comportamientos o relaciones que los sacian momentáneamente; sin embargo, después de que pasa el furor del consumo, el corazón sigue quedando desocupado. En la conversación que las personas tienen con Jesús se nota claramente que ellos siguen deseando y hablando en un nivel superficial, pensando que todo lo que necesitaban era alimentación, saciedad de sus necesidades normales, pero Jesús les deja en claro que ellos tienen un hambre más profunda y una sed más profunda, tienen sed de Dios.

La tragedia del medio cristiano en el cual vivimos y que se promociona por las cadenas televisivas es que tiene la mentalidad de multitud: piensan que Jesús es una especie de dispensador de milagros. Incluso los programan (“noches de milagros”). Lo que pasa con frecuencia es que las personas se niegan a seguir a Jesús, bien sea después de que han recibido los milagros o cuando en la vida no ven el milagro que esperaban.

Nuestro corazón evidencia que se está desviando cuando le damos lugar a la envidia por aquellos que, siendo creyentes o no, les va mejor que a nosotros y que, aparentemente, degustan más milagros que nosotros. Nos estamos olvidando que nuestro mayor tesoro es Jesús. La comparación le hace daño a la vida porque nos impide disfrutar de la que tenemos. Hasta que no seamos conscientes de que Jesús es lo mejor que nos pudo ocurrir, seguiremos exigiendo milagros para responder a la insaciable codicia de nuestro corazón, que nos hace suponer que la felicidad está a una posesión más (de cualquier índole) de distancia.

Religión de migajas

La vida nos ha llevado hasta un momento donde nuestro corazón queda desnudado, mirando a los ojos a Jesús y somos cuestionados respecto a la motivación verdadera por la cual lo seguimos. Los sobrantes están siendo quitados rápidamente, para chocarnos con la realidad de la esencia que hemos construido. ¿Qué encontramos en el centro de nuestra fe? ¿Eventos? ¿Experiencias emocionales? ¿Reuniones programadas?

En medio de la situación que estamos atravesando, podríamos hacer una pregunta bastante concreta y directa: ¿qué pasaría si la vida no volviera a la normalidad? Porque eso es lo que queremos, ¿no cierto? Albergamos la esperanza de que esta pandemia finalice pronto y que todo vuelva a encausarse como lo conocíamos. Obviamente, oramos y le pedimos a Dios por aquellos que están enfermos, para que mejoren y no tengamos muchas más muertes por lamentar. Las comunidades de fe anhelamos que regrese pronto el día donde podamos reunirnos físicamente, volver a cantar juntos, orar tomados de la mano, ver a los niños correr por nuestros edificios, ser inspirados por la predicación, abrazarnos y conversar tomando un café.

¿Y si no ocurre? Si la vida ya no regresa a lo que aspiramos, ¿dónde quedaría nuestra fe? ¿Seguiríamos amando a Jesús? Si no se encuentra una vacuna ni una cura contra el coronavirus, ¿confiarías en la gracia de Dios? Estas no son preguntas fatalistas, son de diagnóstico. ¿Seguimos a Jesús por él o por algo *más* que él?

Si nuestra fe en Jesús depende de los milagros (cualquiera que sea), entonces no es fe en Jesús.

Un amor condicionado no es amor, es interés.

Por mucho tiempo hemos buscado en cosas buenas y malas, solamente para descubrir que la búsqueda de nuestro corazón parece que nunca llega a su fin. De verdad lo intentamos, pero no lo logramos. Seguimos vacíos. Quizás diagnosticamos mal. Porque el amor real, que es la necesidad verdadera de todo ser humano, se trata de una relación con una persona. Lo que tanto buscamos, en el fondo, es una comunión profunda, auténtica, real, ser amados y amar. Lo que ofrece el Evangelio es precisamente eso.

Una y otra y otra vez a lo largo de los evangelios se dice que solamente en Jesús, el pan de vida, tendremos vida eterna. A veces pensamos que se trata simplemente de no ir al infierno, pero estaríamos malinterpretando al mismo Señor, quien la definió así:

Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado.

(Juan 17:2)

La vida eterna es una relación, es conocer a Dios, es ser invitados al vínculo perfecto de amor que el Padre, el Hijo y el Espíritu han tenido desde siempre. Jesús quiere *compartir* con nosotros esa clase de vida que Dios tiene. Somos invitados a experimentar el abrazo que el Creador del Universo le extiende a una humanidad que insiste en correr en una dirección contraria a su verdadero hogar.

El pecado quiebra nuestra relación con Dios. Por eso es un error de grandes proporciones pensar que lo peor que ocurre en el infierno es que haya llamas o todas las pinturas dantescas que nos imaginamos. Eso no es cierto. La peor tragedia del infierno (independiente de las múltiples

interpretaciones que tengamos al respecto) es que es un lugar donde no está Jesús. De la misma manera, el mayor milagro del cielo (independiente de las múltiples interpretaciones que tengamos al respecto) no son las calles de oro o el mar de cristal. Lo más hermoso del cielo es Jesús.

Hasta que Jesús no sea nuestro mayor tesoro, seguiremos mendigando lo secundario.

Porque el Evangelio es Jesús.

La buena noticia es él.

Si pensamos que Jesús vino a predicar una serie de reglas por cumplir, no hemos entendido la esencia de lo que creemos. Jesús vino a darnos una nueva vida, y eso solo es posible por medio de él mismo, en una relación con él. No se trata de cumplir, se trata de conocer. Nuestra verdadera hambre es por él. Y él se dio a nosotros en la encarnación, en la muerte y en la resurrección. Podemos seguir pensando que necesitamos más milagros o más religión, pero lo que más necesitamos es a Jesús.

Existe la posibilidad de tener una religión (llámese como se llame) sin Jesús. La religión sencillamente trata de modificar nuestro comportamiento, pero lo que viene a decir el Señor es que estamos muertos y necesitamos una nueva vida, la cual solamente es él mismo. No hay vida sin Jesús. El seguimiento de Cristo comienza con nuestra acta de defunción. La religión quiere maquillar un difunto; el Evangelio propone darle nueva vida a un muerto. Jesús es el pan *de vida*.

La religión tiene un problema de diagnóstico, porque te cura los síntomas, pero no la verdadera enfermedad. Te

da píldoras temporales, pero lo que anhela tu alma es una cura eterna. No sigas contentándote con migajas cuando ya te fue dado el pan de vida.

Sólo él puede saciar nuestra necesidad.

Capítulo 3

Tres cruces en el Calvario

A simple vista, la cera y el barro son parecidos, en algunas presentaciones pueden incluso confundirse por la similitud de su color y aspecto. Sin embargo, su constitución química hace que respondan de forma diferente cuando son expuestos al sol. Si uno pone cera al sol, tarde o temprano se derretirá. No está diseñada para resistir altos grados de temperatura antes de cambiar su estado de sólido a líquido. En el otro lado de la balanza está el barro. Su exposición al sol hace que se solidifique, que se endurezca, que se vuelva más rígido.

Uno de los grandes predicadores que ha existido, Charles Spurgeon, dijo lo siguiente:

“El mismo sol que derrite la cera endurece el barro”.

Esta diferencia ilustra lo que hace el Evangelio en el corazón de las personas: o lo derrite o lo endurece. Es el mismo mensaje, pero las respuestas son disímiles.

¿Por qué?

¿Qué hace que un mismo hecho genere distintas reacciones?

Una de las inquietudes con las que más he luchado está relacionada con este tema, porque me parecía un sin sentido y una clara contradicción. Hablo de nuestra reacción frente al dolor. Por un lado, conozco decenas de personas para las que fue un evento de profundo sufrimiento lo que las llevó a los pies de Jesús, a reconocer sus propios límites y encontrar en Dios la esperanza de un mañana distinto. Su dolor los llevó a acercarse. Pero, por otro lado, las situaciones dolorosas también son una razón recurrente que he

escuchado de muchos que se alejaron de la fe, incluso llegando al ateísmo. Su dolor los impulsó a distanciarse.

La situación actual es una que envuelve toda una gama de sentimientos que van desde el temor hasta la ansiedad, pasando por la incredulidad y también la tristeza, eso sin contar las situaciones particulares de los enfermos por el coronavirus, sus familias y aquellos que resultarán contagiados. Mientras escribo estas líneas, el número de infectados se acerca rápidamente a los tres millones de personas alrededor del mundo. Las muertes no se detienen en decenas de países que enfrentan como pueden esta emergencia, a pesar de tener un sistema de salud sobrepasado por la demanda. Más de una tercera parte de la población mundial está en cuarentena obligatoria por causa de una amenaza invisible pero real, microscópica pero comprobada, que, entre otras cosas, ha hecho que las economías nacionales y personales tiemblen.

Estamos experimentando un dolor colectivo.

Como suele suceder, eso hará que nuestra reacción respecto a Dios tome uno de dos caminos: el que va hacia él o el que se aleja de él. El dolor tiende a ser un escenario que desnuda la verdad de nuestros corazones. No nos queda más fuerza para fingir ni ánimos de pretender. Por lo tanto, será una decisión que tendremos que tomar tarde o temprano frente a una pandemia: ¿nos endureceremos o nos derretiremos? ¿Nos refugiaremos en el Evangelio o le cerraremos la puerta en la cara? ¿Hacia dónde correrá nuestro corazón en un momento como estos?

Exploremos una escena de dos hombres que respondieron de forma diametralmente opuesta frente a la salvación ofrecida por Cristo. Se encontraban en una situación de

sufrimiento por causa de sus malas decisiones, de sus pecados (que, obviamente, no es la única razón por la cual sufrimos), y allí se encontraron con Jesús. Para ser más exactos, se encontraron con Jesús en el monte donde fue crucificado.

Ese día había tres cruces en el Calvario.

Uno de los criminales allí colgados empezó a insultarlo:

—¿No eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!

Pero el otro criminal lo reprendió:

—¿Ni siquiera temor de Dios tienes, aunque sufres la misma condena? En nuestro caso, el castigo es justo, pues sufrimos lo que merecen nuestros delitos; éste, en cambio, no ha hecho nada malo.

Luego dijo:

—Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino.

—Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso —le contestó Jesús.

(Lucas 23:39-43)

Un Mesías que se baje de la cruz

En la primera cruz está un criminal que mira a Jesús con desdén. Ve el letrero que descansa sobre su cabeza y se burla del título. No sabemos si en algún momento lo vio hacer algún milagro o escuchó hablar de Jesús con anticipación. Pero ese día y en ese momento escogió unirse al ruido de las voces de rabia, manifestadas en insultos grotescos y mofas desalmadas.

Al mirar sus palabras, descubrimos que lo que refleja su corazón sigue siendo un peligro y una tentación para nosotros hoy. La respuesta a la pregunta del ladrón (“¿no

eres tú el Cristo?”) es un “sí” rotundo. Jesús es el Cristo. A lo largo y ancho de los evangelios se hace evidente que Jesús es el Mesías prometido, el Señor. Sin embargo, uno de los esfuerzos más grandes de Jesús estaba en luchar contra las expectativas que tenía la gente sobre quién era él. La idea popular era que el Mesías acabaría con la incursión romana y le devolvería la gloria a Israel. Ya no tendrían que estar más oprimidos. Por fin habría uno que volviera a darle la talla al rey David, llevando al pueblo a una nueva etapa de poderío sin precedentes.

Nadie se imaginaba a un Cristo crucificado.

Que el Mesías muriera en la cruz ni siquiera atravesaba por la mente más pesimista. Era el peor castigo para los criminales, no el destino del Ungido de Dios. Los parias sociales eran los que iban a cerrar su existencia en un madero. No era algo bonito; era el precio que debían pagar aquellos que se atrevían a rebelarse contra el orden establecido. Funcionaba como una señal de advertencia para los revolucionarios, un recordatorio de la superioridad romana. Por eso en el cuestionamiento de este bandido vemos el reflejo de un concepto que ilustra, en pocas palabras, la suposición que había en el corazón del pueblo judío. Si Jesús era el Mesías, no debería morir de una forma tan vil y denigrante: desnudo en un tortuoso espectáculo público. Un Mesías debía tener la facultad de bajarse de esa cruz, de demostrarle a los romanos lo que se merecían.

Él tenía una idea clara de un Mesías y Jesús no encajaba en ella.

Y esto nos muestra una de las grandes luchas humanas: los preconceptos.

El problema de las preconcepciones no es que las

engamos o no; ¡todos las tenemos! En nosotros existen ideales de cómo deben funcionar las personas, las empresas, la vida, los proyectos, incluso qué se debería hacer en una pandemia o cuándo deberían finalizar las cuarentenas. Pero también metemos a Dios dentro del paquete. Todos tenemos una teología preconcebida. Todos suponemos que Cristo debe funcionar de una forma determinada.

Dios no siempre responde a las preguntas como esperamos. Jesús no era el Mesías que ellos suponían, pero era el Mesías. Que no encajara en sus ilusiones no le restaba veracidad a ese hecho. Pero ellos, por estar esperando alguien que se adecuara a sus preconcepciones, se perdieron al Cristo verdadero. El Mesías pasó frente a sus narices y le dieron la espalda.

Su ideal no les permitió ver la verdad.

Porque Dios es experto en romper preconcepciones.

Como seres humanos, seguimos recurriendo al instinto de crear a un dios a nuestra imagen y semejanza. Insistimos en forjar ídolos. Por eso somos muy selectivos en nuestra lectura de la Biblia. No permitimos que Dios nos corrija, que nos muestre verdaderamente quién es. En lugar de ver a Dios en toda su complejidad, tomamos unos pocos textos aislados (aquellos que nos gustan) y no hacemos más que alimentar nuestros preconcepciones.

Este hombre tenía una idea errada del Mesías que sigue vigente aún en nuestros días. Su cuestionamiento es el reflejo de un corazón endurecido que le ha dado la espalda a Dios. Me refiero a la concepción de un Cristo instrumental, que sirve a nuestros propios beneficios. Este ladrón pensaba que la prueba fehaciente de la identidad de Jesús

sería que le diera lo que él pedía y cómo él quería: “sálvate y sálvanos a nosotros”.

El gran peligro de algunas manifestaciones populares de espiritualidad es que nos enseña a acercarnos a Dios para obtener algo más. El descubrimiento de la existencia de Dios no nos lleva a la adoración, sino a las exigencias, a las demandas, a centrarnos en lo que nos beneficia. Si pensamos que ese ladrón fue muy arrogante, probablemente nosotros también lo somos.

Es muy fácil ver la soberbia en el corazón de otros, no en el propio.

Porque nosotros también tenemos una religiosidad egocéntrica, no centrada en Cristo.

Al buscar nuestra plenitud en *algo* que Dios pueda darnos (una relación, un trabajo, una sanidad, un sueño, mayor comodidad, calma emocional, etc.) y no en él, estamos demostrando que ese *algo* es el dios de nuestro corazón. Nuestra petulancia pretende hacer doblegar al Dios del Universo frente al altar de los ídolos que hemos forjado. Le pedimos a Jesús que sea nuestro Señor, pero en la práctica parece que fuera nuestro sirviente.

Si Jesús es el Cristo, la consecuencia natural es que nos postremos y adoremos, no que le exijamos. ¿Quién le haría eso a cualquier ser humano que respeta y admira profundamente? ¿Tratarías con ese desdén a la celebridad que siempre has soñado conocer, el maestro que siempre has admirado o el escritor que siempre te ha inspirado? ¿Por qué entonces sí lo hacemos con Jesús? Lo ponemos a nuestro servicio en lugar de ponernos a su servicio.

¿Cómo saber si tenemos un corazón endurecido? Porque nos pasamos más tiempo exigiendo que adorando. El terrible flagelo del mal llamado “evangelio de la prosperidad” es que guarda en su esencia la misma cristología tóxica del ladrón que estaba en la primera cruz. Seguimos creyendo que Jesús nos tiene que demostrar algo. ¡Qué arrogancia tan tonta! Y para colmo de males nos resentimos, nos endurecemos con Dios si no funciona como se supone que debería hacerlo. En lugar de generar un corazón más tierno, este pseudo-evangelio lo único que hace es petrificar nuestro corazón hacia el Evangelio verdadero. Porque el Evangelio nos muestra un Dios que no es domesticable, que no funciona según fórmulas matemáticas, que no siempre actúa como esperamos, que nos deja con la boca abierta, que en más de una ocasión tenemos que decir “no sé” y necesitamos aprender a vivir con ello. Y entonces, como este Dios verdadero no encaja en las fórmulas del dios de mentira que nos muestran las cadenas televisivas cristianas, nos endurecemos contra él.

Es fácil clamar y creer en un Dios que nos saque (y lo puede hacer) de nuestras situaciones de dolor, tales como una pandemia que acecha al mundo o como tragedias que nosotros mismos hemos causado por nuestro pecado; pero el Dios que nos muestra la Biblia es el Dios que está ahí, que nos entiende, que está presente aún en los callejones más oscuros de nuestra experiencia. El Mesías no se bajó de la cruz.

Nos gustaría esquivar el dolor. Pero, en el dolor, la gracia se manifiesta en que está presente, no lejos ni ausente ni distante. Al lado de ese ladrón estaba crucificado el Hijo de Dios. Esta es una de las escenas del Evangelio que nos demuestra que este es un Dios que se sale de nuestras expectativas para darnos una esperanza mayor.

Sus respuestas son mayores, más grandes, eternas.

Él no se bajó de la cruz para solucionar un capricho temporal; permaneció en ella para solucionar un problema eterno: el destino de la humanidad.

La gracia de Dios se manifiesta en que sufrió en silencio los improperios de un corazón endurecido. ¿Jesús lo hubiera podido hacer, se hubiera podido bajar de la cruz? ¡Claro que sí! Entonces, ¿por qué no lo hizo? Hay un himno muy antiguo que dice que lo que mantuvo a Jesús anclado a la cruz no fueron los clavos, fue el amor por nosotros...el amor que incluía a esos ladrones.

Por andar soñando en un Cristo que no es, el ladrón se perdió la belleza del Cristo que sí es.

El cristianismo es una constante conversión.

No, quizás no es lo que esperamos... ¡es mucho mejor!

Un detalle que no podemos pasar por alto

Antes de entrar a explorar las declaraciones del otro malhechor crucificado junto a Jesús es necesario hacer una aclaración. Normalmente en las películas de Semana Santa se nos da una impresión que, a partir del texto bíblico, parece errada. La idea es que uno de los crucificados es el malo y el otro es el bueno de la historia. Casi se nos pinta la escena de alguien que llegó a la cruz con un corazón bondadoso. Sin embargo, lo que nos dice el Evangelio de Mateo es diferente:

Así también lo insultaban los bandidos que estaban crucificados con él.

(Mateo 27:44)

Mateo nos aclara que eran ladrones, bandidos. Es probable que no fueran ladrones comunes y corrientes, sino que eran un dolor de cabeza social. ¡Ambos eran unos criminales! ¡Y ambos estaban burlándose de Jesús!

Creo que la mejor forma de entender estos dos relatos es sucesivamente: lo que Lucas nos narra viene después de este versículo de Mateo. Es decir, uno de los criminales detuvo sus blasfemias, sus burlas, sus insultos en algún momento durante la larga agonía de la crucifixión. Hubo un punto en la historia en que uno de los criminales dio la vuelta. Algo hizo “¡clic!” en su corazón para que hubiera un cambio.

Su corazón se derritió con el sol.

La cuestión no es de bondad, sino de arrepentimiento.

Todo dolor y sufrimiento visto a la luz de la cruz nos cambia para bien o para mal. Nos endurece o derrite. *Siempre* nos transforma. La invitación que nos hace la experiencia de este hombre es que se derrita al encontrarnos con Jesús.

No sabemos el nombre

En esta cruz también reposa un condenado a muerte. Está siendo masacrado junto a los otros dos crucificados. Al escuchar los improperios de uno de los condenados, se pronuncia. En su discurso reprende y reconoce: reprende al que está insultando a Jesús y reconoce que la situación en la que están, a diferencia de la de Cristo, es justa. Ellos son culpables, Jesús no. Al escuchar las palabras de su compañero se da cuenta de lo que hay en su propio corazón, reconoce su pecado y la santidad de Jesús. Sabe que él es diferente. Por eso, después de reprender, le dice a Jesús

que le dé un chance, una nueva oportunidad. Lo reconoce como Señor (de allí que hable de “reino”) y le pide misericordia.

Hay una palabra que describe esta escena: *arrepentimiento*.

El arrepentimiento tiene siempre dos dimensiones: nos vemos a nosotros mismos y vemos a Dios. El ladrón se vio en la condición en la que se encontraba, sabía que era culpable; el segundo movimiento es ver a Jesús para encontrar esperanza en él. Cuando el arrepentimiento no tiene estas dos vías, estas dos tensiones, fácilmente cae en dos extremos malsanos: el remordimiento o el legalismo.

Cuando sólo nos miramos a nosotros mismos en nuestro pecado, pero nunca miramos a Dios, caemos en el remordimiento, en la auto-lástima, en la autoflagelación (el caso bíblico que mejor ilustra esto es el de Judas). Ciertos rituales tradicionales de Semana Santa quizás tengan que ver con personas que se ven a ellos mismos y no ven nunca al Dios que ya pagó por ellos. Creen que tienen que pagar algo. Viven bajo la sombra de una deuda. En lugar de mirar a la cruz, se centran en pagar una cuenta que nunca se va a saldar. Eso es el remordimiento: mirarnos a nosotros mismos sin tener en cuenta a Dios.

Sin embargo, cuando sólo miramos la cruz, pero no nos vemos a nosotros mismos ni reconocemos nuestra culpa, nos convertimos en legalistas. Eso fue lo que Jesús tanto criticó de los religiosos. Ellos tenían la teología correcta. Sabían cómo debía funcionar Dios, pero nunca estaban dispuestos a mirar su propia culpa. Eran muy buenos legislando sobre la vida de los demás, pero no estaban dispuestos para que Dios tratará con su propio corazón.

Frecuentemente, el legalismo es un mecanismo de defensa: no queremos enfrentar nuestra suciedad y nuestros dolores, al punto que limitamos a Dios a un espacio meramente teórico. Somos buenos diciéndole a otros lo que se supone que deben hacer y haciendo incluso los rituales correctos, pero no nos hemos enfrentado a que nosotros somos los primeros que necesitamos desesperadamente la gracia de Dios. Escuchamos los sermones para los demás, no para nosotros mismos.

El verdadero arrepentimiento se trata de ver mi propia condición y llevarla a los pies de la cruz. Dios es más que una teoría; Dios es más que un juez implacable; Dios se manifestó en la cruz del Calvario, en la cruz de la mitad, para darnos una esperanza para nuestra vida, sin importar el tamaño de nuestra culpa.

No hay ninguna culpa que la sangre de la cruz no pueda cubrir.

En la cruz morían los peores criminales. Así que, Jesús pagó todos los pecados de allí para abajo. Si murió por los de las otras cruces, también murió por nuestros pecados.

Y en la cruz, este hombre degustó la exorbitante gracia.

No era un discípulo, no era un religioso, solo un pillo que se encontró con Jesús en el lugar adecuado.

Y Jesús, que no le da miedo desbordarse en gracia, le promete su estadía en el paraíso⁸.

8. Te abro aquí una pequeña ventana a mi locura. Hay una tremenda discusión sobre la puntuación de este versículo 43 (¡para que veas hasta dónde llegan las cuestiones teológicas!). Solo para que te hagas una idea, el punto es dónde debería ir la coma, si antes o después del

Lo que tenemos claro es que el Edén (paraíso) simboliza el estado de inquebrantable comunión entre Dios y el hombre. La relación que estaba rota se restauraría. La tragedia del pecado es que quebramos una relación de amor. La esperanza que tenemos como cristianos es que todo volverá a estar bien, que ya no habrá llanto ni dolor, que se nos retribuirán los años no vividos. Volveremos a degustar el paraíso perdido. Nuestra alma será por fin saciada. Lo que el malhechor trató de llenar de formas ilegítimas será llenado completamente. Jesús le está prometiendo a este crucificado un nuevo día, diferente, con paz; una eternidad donde podrá degustar las mieles del perdón.

En la literatura intertestamentaria estaba la idea de que el paraíso, el Edén, sería el lugar de destino de los justos, tanto antes como después de la resurrección. En otras palabras, el malhechor sería contado dentro de los justos.

Eso es lo que ocurre cuando el sol derrite la cera.

De eso se trata la gracia.

Jesús se acuerda de los corazones arrepentidos.

Nosotros no sabemos el nombre del criminal; Jesús sí.

Me gusta imaginar que en la eternidad se encontraron y, ya lejos de los clavos, Jesús y este ladrón se dieron el abrazo que ansiaron en esos instantes en el Calvario.

Esa es la gracia que hay en la tercera cruz.

“hoy”. Como en griego la puntuación no funciona igual que en el español, están abiertas ambas opciones. Es decir, queremos saber si Jesús le dijo al ladrón que iba a estar con él en el paraíso ese mismo día o si le dijo que estaría en el paraíso en el futuro, pero se lo dijo “hoy”. ¿Se debería traducir “de cierto te digo hoy, estarás conmigo en el paraíso” o “de cierto te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso”? La decisión que se tome evidencia toda una serie de preconceptos, por supuesto.

Al último momento

Jesús contó una parábola (Mateo 20:1-16). El propietario de un viñedo salió a buscar obreros para que trabajaran en su propiedad. Fue en las primeras horas del día al lugar donde se congregaban las personas que no tenían empleo y buscaban un chance para llevar algo de comida a casa. Obviamente, encontró trabajadores y acordó pagarles el salario de un día. Más tarde ese día, el propietario del viñedo salió y contrató a otras personas, unas hacia la mitad de la mañana, otras al medio día y otras hacia el final de la jornada—cuando faltaba solo una hora para terminarla.

Lo más extraño, sin embargo, no es esto, sino lo que hace el propietario: ordena a su administrador que le pague a todos lo mismo. Sin importar la hora de llegada, a todos se les iba a dar la misma cantidad de dinero. Por supuesto, los que habían llegado más temprano se quejaron con el propietario. ¿Cómo es posible que les pague ellos lo mismo que a personas que trabajaron una hora? Debería haber una retribución adicional, ¿o no?

El propietario les dice que él había hecho un acuerdo con ellos y ellos habían aceptado. Él no estaba siendo injusto, porque les estaba pagando lo que se debía. Incluso ellos habían sido llamados por gracia. El propietario los hubiera podido dejar esperando el trabajo.

Todos habían degustado la gracia.

Pero de maneras distintas.

Jesús concluye esta historia diciendo que los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros, cosa que se evidencia a la perfección en la historia del ladrón al que le

prometieron el paraíso un momento antes de morir. Se le dio lo mismo que a los discípulos, que caminaron con Jesús por años.

¿No es eso injusto?

Depende desde dónde mires la parábola.

Hace unos años me invitaron a participar en un campeonato de fútbol entre iglesias. Cada equipo tenía que pagar una inscripción, la cual le daba derecho a un número mínimo de partidos. Si uno ganaba, pues podía jugar más partidos, hasta llegar a la final. Sin embargo, por cuestiones de tiempo principalmente, no podía participar en el campeonato.

El día de la final, me dijeron que si quería jugar. El equipo estaba corto de personal y su jugador estrella estaba lesionado. Coincidentalmente, ese domingo podía jugar, así que dije que sí.

Jugué gratis.

El partido llegó a los penaltis. Pateé uno de ellos y lo boté.

¡Sin embargo, quedamos campeones!

Solo tuve que jugar un partido para recibir la medalla que lo acredita.

Así que, cuando preguntas si la historia del ladrón perdonado o de la parábola del propietario del viñedo es injusta, yo te digo con toda certeza que depende de dónde mires la parábola. Sospecho que muchos cristianos leen esta parábola o la historia del ladrón echándose flores. Suponen que

son los primeros que llegaron, los que más duro trabajaron, los mejores trabajadores, los más incansables, los que más han luchado, los discípulos fieles, los que pagaron todo el campeonato y jugaron todos los partidos. Somos sorprendentemente condescendientes cuando se trata de evaluar nuestra bondad.

Cuando nos comparamos con otros, tenemos la tendencia a sentirnos más justos y, por ende, pensamos que Dios no es tan bueno. Nos encanta recibir la gracia, pero nos cuesta aceptar que Dios se la da a otros también. Somos mezquinos en nuestra espiritualidad: nos importa lo que nos pase a nosotros, nuestra relación con Dios, pero nos escandalizamos cuando el Señor manifiesta su bondad hacia otros.

Cuando la comparación se vuelve un hábito, la ingratitud se convierte en un hecho.

Hasta que no dejemos de compararnos, no disfrutaremos la gracia de Dios en plenitud.

La cuestión es clara: si estamos pendientes todo el tiempo del otro o de las “injusticias” que Dios comete con nosotros por no darnos lo que suponemos, olvidamos trabajar con las miserias de nuestro propio corazón e impedimos que Dios las transforme en algo diferente. Al enfocarnos en ser los jueces del entorno podemos ignorar lo que Jesús tiene por hacer en nosotros, incluso en un momento donde sentimos que la vida difícilmente retornará al lugar que conocíamos. La peor tragedia que podría ocurrir después de este tiempo que estamos viviendo es que sigamos siendo las mismas personas de siempre.

La realidad del Evangelio es que somos los últimos. Nosotros fuimos insertados por la gracia. Somos los que fueron

Corazón en cuarentena

encontrados al lado del camino a última hora y se nos pagó todo el día. Somos los que jugamos gratis un solo partido y ganamos el campeonato. Somos como el ladrón que fue perdonado en el último momento y se le regaló el paraíso. Somos testimonios vivos de la verdad que late en el corazón de la gracia: a los últimos se nos ha tratado como primeros. A ti te ocurrió la misma gracia que a ese hombre crucificado junto al Señor.

¿No te derrite eso el corazón?

Capítulo 4

Pescadores judíos y orfebres japoneses

“Dios te ama tal como eres y no como deberías ser, porque nadie es como debería ser”⁹

Esta frase la dijo una de las personas que se convirtió en un referente mundial para hablar de la gracia de Dios. Brennan Manning era un exsacerdote excomulgado que daba conferencias sobre este tema y escribía prolíficamente al respecto. Fue muy abierto en cuanto a sus luchas constantes, sus triunfos y derrotas con el alcohol. Sus inconsistencias lo enfrentaron a la cruda y esperanzadora verdad que Dios no ama a personas ideales sino a seres humanos reales.

Como tú.

Como yo.

Estamos en un momento particular donde sentimos que el fracaso nos amenaza o parece que se instalará en nuestra vida. No hablemos solamente del contagio de una enfermedad, sino de todos los daños colaterales que esta situación ha conllevado en distintos niveles. Muchos han perdido su trabajo, se les han cancelado contratos, han tenido que posponer proyectos indefinidamente y, por supuesto, no saben por cuánto tiempo será sostenible la situación. Además, ya no podemos evadir cuestiones personales que habíamos dejado a un lado por mucho tiempo. Nos enfrentamos a nuestros dolores cara a cara. Un amigo me dijo que de esta cuarentena uno salía endemoniado o fortalecido, no parece haber opciones intermedias.

Tenemos que resolver lo que habíamos ocultado bajo el tapete o quizás eso nos fulmine.

9. Manning, Brennan. (2016). *Todo es gracia*. Buenos Aires, Argentina: PENIEL. pp. 95-96.

Sabemos cómo funciona el fracaso. Su sabor no es ajeno a nuestro paladar. Es amargo... profundamente amargo. No nos gusta probarlo, pero con más frecuencia de la que quisiéramos se cruza en nuestro camino. Y, cuando lo hace, deja una pesadez que puede oscurecer hasta el alma más radiante. Te mancha la vida.

Tenemos un compás interno que nos impulsa a dar lo mejor de nosotros en lo que realmente nos interesa. Más allá de la diversidad de talentos de cada quien, todos tenemos una pasión o la descubrimos a lo largo del camino. Al encontrarla, deseamos invertir lo mejor en poder llevarla a un nuevo nivel, explorarla, experimentarla, en utilizarla para producir algún tipo de innovación o renovación en el mundo. No importa si se trata de números o de pastelería, de medicina o de ingeniería, de música o de literatura, nuestra pasión se vuelve parte fundamental de lo que somos. La sentimos, la respiramos, la vivimos.

Pasión sin acción es sentimentalismo. La verdadera pasión nos lleva a la acción, porque es el combustible del alma. Eso involucra un riesgo enorme. Si nos limitáramos exclusivamente a lo sentimental, no habría inconveniente; pero cuando la acción entra en escena, se abre también la opción del fracaso. Que un proyecto te apasione no implica necesariamente que va a salir bien. Obviamente, no trabajamos con el deseo de fracasar, pero es una posibilidad.

Sin embargo, ¿qué ocurre cuando una persona no lo ha contemplado ni en el rincón más remoto de sus probabilidades? Es más, ¿qué decir cuando la sombra del fracaso llega en medio de una cuarentena, no causada por nosotros mismos sino por condiciones externas, ajenas a uno, que le imposibilitan continuar con proyectos, empresas, planes, etc.?

Acerquémonos a esa pequeña posada iluminada en la noche previa a la celebración de la Pascua. Quienes se encuentran allí han conmemorado esta fiesta a lo largo de toda su vida. Pero esta noche es diferente. Los tonos solemnes son más prominentes que los festivos. Será la última cena que Jesús compartirá con sus discípulos. Tres años de experiencias, relaciones, milagros, sanidades, enseñanzas y aprendizajes llegan a su conclusión esta noche. La historia se acerca a su final...

Una noche como ninguna

Jesús anunció que la muerte le estaba esperando ansiosa. Lo atacaría en soledad, porque cada uno de sus compañeros lo abandonaría. Al oír semejante sentencia, Pedro se levantó impetuoso para dar una opinión diferente: “aunque todos te abandonen, yo no” (Marcos 14:29). ¡Cómo no! Había invertido toda su energía en ese proyecto, se la había jugado por Jesús. Este camino se había convertido en el combustible de su alma, al punto que iría hasta las últimas consecuencias por él. En algún momento de la historia lo dijo de esta manera: “Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes las palabras que dan vida eterna”(Juan 6:68).

Pedro no iría a otro lugar que no fuera junto a Jesús.

No estaba dispuesto a fracasar en aquello que había invertido su vida.

Una de las características más impresionantes de la voluntad humana es que podemos tener *opiniones diferentes* a las de Dios, aún en asuntos tan fundamentales como nosotros mismos. Pedro y Jesús están en lados opuestos de la balanza frente a un tema tan esencial como lo que ocurriría al otro día frente a una cruz. Para Jesús, la negación

será un hecho; para Pedro, el fracaso no es una opción. ¿Qué puede ser más orgulloso y arrogante que quererle demostrar a Dios que está equivocado?

Nos cuesta aceptar puntos de vista distintos al nuestro, especialmente cuando se trata de nuestra identidad. Es interesante que podemos ser los jueces más implacables o los halagadores más ilusos de nosotros mismos. Encontrar un equilibrio adecuado es complicado. Insistimos en la necesidad de ser realistas, pero cuando llega un diagnóstico divino respecto a la fragilidad de nuestro corazón, a la inminencia de nuestro fracaso, hacemos todo lo posible por matizar lo que quisiéramos expresar en voz alta: “¡estás equivocado respecto a mí, Jesús! No conoces bien quién soy”. Frente a la desnudez del alma, tratamos de cubrirnos con el manto de la autosuficiencia.

Toda opinión lleva a la acción, todo acto está basado en una idea (implícita o explícita). Así que, tras acabar la cena, Pedro sale a su batalla personal con un concepto bastante claro de sí mismo. Mientras Jesús estaba enfrentando un juicio absolutamente injusto, que lo llevaría a ser condenado a la cruz, Pedro lo esperaba a las afueras. Corría un riesgo enorme. Cualquier persona que lo asociara con Jesús podría firmar su sentencia de muerte automáticamente. Y fue lo que ocurrió.

Una, dos y tres veces lo acusaron de ser seguidor del Mesías. Una, dos y tres veces Pedro lo negó. Aunque tenía una opinión muy fuerte en cuanto a su posición, el temor desnudó la verdad de su vida: prefirió su seguridad antes que a Jesús. Quería salvar su vida, no perderla. Dije antes que todo acto está basado en una idea y aquí descubrimos que las palabras de Pedro no eran lo que en realidad había en su corazón. La imagen externa no era congruente con

su deseo interno. Las crisis sacan a flote lo que en realidad somos. Pedro no era el valiente discípulo que iría hasta la muerte por su Maestro, sino que era un traidor impulsado por el temor y anhelante de la seguridad. Con sus palabras prometió fidelidad, pero con sus actos manifestó traición; en su discurso estaría junto a Jesús, pero con su negación le dio la espalda.

El fracaso es la auto-evidencia de nuestra fragilidad. Descubrimos que somos más falibles, vulnerables, débiles, malvados e incapaces de lo que quisiéramos aceptar. El fracaso toca a la puerta cuando el cuadro que habías pintado en tu imaginación se destruye por un solo brochazo en la crudeza de la vida. Las ilusiones se quiebran. La identidad se derrumba. El amargo sabor del fracaso irrumpió en la historia de Pedro.

Lucas, el evangelista, describe la escena posterior a la negación. Dice que Jesús “se volvió y lo miró (a Pedro)” (Lucas 22:61). ¿Qué tenía esa mirada? Si provienes de un trasfondo en el que Dios es una especie de señalador cósmico que se deleita en hacernos sentir miserables por nuestros errores, entonces imaginarás una mirada fulgurante, condenatoria, un molesto “te lo dije” no verbalizado. Pero como ya conoces la historia, eres consciente que esta situación no tomó a Jesús por sorpresa. ¡Él sabía que Pedro le iba a negar! Las expectativas de Pedro eran idealistas, pero la declaración de Jesús fue siempre realista. Y en ningún momento eso lo llevó a la condenación. Entre la cena y la negación, Jesús les pidió a tres de sus amigos que lo acompañaran en oración, dentro de ellos estaba Pedro. El Maestro conocía la fragilidad de su discípulo, veía su alma mejor que él mismo, y su diagnóstico de esa realidad nunca fue un motivo para apabullar su identidad.

Muchas personas piensan que el amor se basa en ideales. Algunos, incluso, se enamoran de ilusiones, de la imagen que han construido de lo que debe ser el amor. Nuestro entorno bombardea los sentidos haciéndonos creer que hay personas ideales que esperan ser encontradas para tener una relación idílica. No debería extrañarnos que seamos una generación con cantidades inauditas de conflictos relacionales, que van desde el tono de voz hasta el tipo de peinado, pasando por la forma como tienden la cama y por los mensajes de queja indirecta en las redes sociales. Cuando los ideales se derrumban, arremetemos contra lo que esa persona *es*.

Sin embargo, el verdadero amor se basa en la realidad. Imagina que existe un escáner del alma, que puede desnudar nuestras historias, pecados, temores, devociones, anhelos, secretos y dimensiones más íntimas de nuestro ser. Si lo usáramos sobre ti, ¿qué veríamos? Pero hay una pregunta mucho más profunda, ¿amarías a alguien (incluso a ti mismo) aun conociendo todo lo que está mal en esa persona? Si alguien es capaz de amar a una persona conociendo aún lo más oscuro su ser y siendo consciente de lo quebrada que está su alma, ese sería un amor verdadero. Porque no estaría amando a un personaje sino a una persona; no estaría amando a una pretensión ilusoria sino a un hecho evidente; no estaría amando a un ideal sino a una realidad.

Así que pienso que la mirada de Jesús fue una de amor verdadero, no de condenación. La condenación viene cuando los ideales se derrumban, pero el amor permanece cuando la realidad sale a flote. Y eso duele profundamente. La reacción de Pedro frente a esa mirada fue esta: “...salió al patio, llorando amargamente” (Lucas 22:62).

En su extraordinaria obra *Crimen y Castigo*, Fiódor Dostoievski cuenta la historia de Raskólnikov, un hombre que se vio involucrado en un terrible asesinato. Él no era un asesino en serie ni mucho menos, solamente un hombre común y corriente que se había dejado llevar por un ataque desahogado de ira. La novela narra todas las artimañas que tramó, los caminos que recorrió, los secretos que entretejió para no ser descubierto. Vive un profundo proceso de culpa, de silencio y de odio por sí mismo. Sin embargo, en su historia apareció Sonia, una mujer muy pobre que tenía que vender su cuerpo para poder subsistir. Cuando se conocen, generan una conexión extraordinaria. Se respira amor en el ambiente. Y entonces, tras muchas luchas consigo mismo, Raskólnikov decide confesarle con lujo de detalles su secreto a Sonia. Le cuenta la saña con la que llevó a cabo el homicidio, le revela el temor que tiene de reconocer su crimen y le abre su alma al mostrar la culpa que le ha atormentado por tanto tiempo.

En medio del atento silencio, lágrimas recorren las mejillas de Sonia. Antes de que Raskólnikov siga derramando esta espiral descendente de martirio y dolor, se echa a sus pies y lo abraza con todas sus fuerzas. Entonces, le confiesa que lo ama. Lo ama con su oscuridad, su debilidad, su fracaso. Sigue amando su realidad, por más cruda que sea. Semejante idea choca con lo que tenía Raskólnikov en mente. Él sabía que merecía juicio, pero no se esperaba que alguien pudiera regalarle amor. Sus defensas estaban preparadas para recibir cualquier otro golpe, pero no el tierno ataque del amor. Dostoievski lo describe así:

“Estaban los dos sentados, uno junto al otro, tristes y extenuados, como lanzados, después de una borrasca, a una orilla desierta. Él miraba a Sonia y sentía cuánto amor había en ella y, cosa rara, de pronto se le hizo pesado y

doloroso el que tanto lo amase”¹⁰.

Ser amados en nuestra realidad duele.

Ser queridos en nuestro fracaso hiere nuestro orgullo.

Creo que es natural que Pedro haya llorado amargamente. Eso sucede cuando los ideales se derrumban y aun así seguimos encontrando unos ojos inundados de gracia que observan la incapacidad que tanto tratamos de evadir. El fracaso alcanzó a Pedro...y la mirada de Jesús también.

Amorosos juegos de palabras

Como suele suceder en medio del fracaso, los jueces más implacables somos nosotros mismos. La burbuja de ideales se rompe, y no sabemos qué hacer cuando volvemos a encontrar nuestro rostro frente al espejo. *Nadie* está preparado para fallar. Una de las respuestas más instintivas en estos escenarios es la renuncia. El fracaso drena las fuerzas de nuestro corazón, al punto que no quisiéramos tomar un riesgo adicional. Si no somos buenos en esto, ¿para qué insistir?

La reacción de Pedro ante su estruendoso fallo fue típicamente humana. Volvió al oficio que tenía antes de seguir a Jesús: ser pescador. Si la vida tiene un botón de reinicio, Pedro parecía haberlo encontrado. Cuando nuestra incapacidad queda al descubierto, tomamos el camino de retorno hacia lo que, en algún punto, se convirtió en una zona de seguridad.

Pero Jesús es experto en derribar esos espacios.

10 Dostoievski, Fiódor. (2006). *Crimen y Castigo*. Barcelona, España: DEBOLSILLO. p. 529.

En una hermosa escena descrita hacia el final del evangelio de Juan, encontramos a Pedro tratando de pescar. La escasez era la invitada principal en este turno. No había sido una buena noche. Por horas habían tratado lograr una buena producción, pero una y otra vez las redes regresaban a la superficie cargadas solamente del agua que rápidamente se escurría entre sus hebras. En las barcas solo había redes vacías y hombres frustrados.

Con la llegada del alba escucharon una voz que les invitó a lanzar la red una vez más. Sin explicaciones, sin razones y sin nada que perder, lo hicieron. Como otras veces. Pero esta vez las redes salieron tan cargadas que pensaron que se romperían. Fue tan extraordinaria la cantidad que Juan registró el número exacto: ¡153 peces! (Juan 21:11). Un solo intento fue suficiente para que una noche improductiva quedara archivada en el olvido.

Si rastreas en los evangelios, encontrarás que cuando Jesús estaba buscando discípulos entre los pescadores ocurrió una escena similar con protagonistas casi idénticos. Así era como Pedro había iniciado su caminar con Jesús. Los recuerdos se agolparon en su mente y la evidencia fue más que suficiente para descubrir que aquel hombre que habló desde la orilla no era otro que el Maestro. Con el ímpetu que siempre lo caracterizó, Pedro fue incapaz de esperar a que la barca regresara a la playa y salió nadando casi desnudo para encontrarse con el Señor. O debería decir: una vez más, Jesús *lo había encontrado*.

Sin preámbulos ni adornos, Jesús le hizo una pregunta punzante: “¿me amas?” (Juan 21:15), a lo cual él contestó: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero” (Juan 21:16). Y después de esa respuesta, le encomendó cuidar a sus ovejas.

Su vocación no era ser un pescador más del lago de Galilea sino un pastor de la iglesia de Cristo.

Extrañamente, el mismo diálogo se repitió una vez más. La pregunta, la respuesta y el llamado fueron idénticos.

Y lo mismo pasó otra vez.

Sin embargo, en la tercera ocasión dice que a Pedro le dolió que Jesús le hubiera hecho la pregunta por tercera vez. ¿Por qué? Muchos sostienen que la razón es que Pedro recordó las tres negaciones con estas tres preguntas, de tal manera que este diálogo se convirtió en una especie de nostalgia evocativa de lo que había ocurrido días atrás. Pero el texto original y el trasfondo de Pedro me da una idea un poco distinta.

En el griego hay un juego de palabras bastante interesante. Cuando Jesús le pregunta a Pedro si lo ama, usa la palabra *agapao*, que se refiere a una clase de amor profundo, que da su vida, que da todo por el otro. Es una palabra tan significativa que se usa para describir el amor de Dios por nosotros y es la invitación que se nos hace para replicar con nuestra vida la experiencia del Señor. En su respuesta, en cambio, Pedro le dice que lo quiere, que lo *fileo*. Es una palabra conectada al cariño entre amigos, entre hermanos. Por supuesto que es valioso, pero evidentemente es diferente.

En nuestro idioma podemos entender un poco el significado de ese cambio. Llevo suficiente tiempo trabajando con personas y hablando con parejas de novios como para darme cuenta que hay momentos coyunturales en una relación. Uno de ellos es el primer “te amo”.

Amar es una cuestión enorme. Los novios comienzan la relación diciendo que se aprecian y que se quieren mucho,

pero parece que cuando viene el momento del “te amo”, la relación llega a un nuevo nivel. No son palabras que dices a la ligera.

Imagina que eres un novio que está sinceramente enamorado. Has caminado el tiempo adecuado con esa persona para descubrir que lo que hay en tu corazón es muy profundo. Sientes que un “te quiero” ya no es suficiente. Así que organizas una cena especial, con velas, su comida favorita, música romántica y una atmósfera digna de la presencia de Cupido. Arriesgándolo todo, y con la voz casi entrecortada, la miras a los ojos y le manifiestas con palabras lo que late en tu corazón:

—Quiero que sepas que *te amo*— dices lentamente.

Después de escuchar, ella responde:

—Yo también *te quiero mucho*.

¿Es lo mismo? ¡Por supuesto que no! Es como si los dos estuvieran en distintos niveles de profundidad de la relación. Parece que tú estás más comprometido que ella en todo esto. No se trata solamente de una distinción de palabras, sino de una diferencia en el nivel de compromiso. Amar y querer son distintos.

Las dos primeras preguntas de Jesús a Pedro fueron por su *agapao*, y él solamente reveló su *fileo*. Pero en la tercera, Jesús cambia la palabra: “Pedro, me quieres (*fileo*)” (Juan 21:17). Eso fue lo que le dolió a Pedro, no que ese diálogo le recordara la negación, sino que Jesús hubiera bajado sus estándares, que comenzara en el “me amas” y lo hubiera culminado en un “me quieres”. Y esa revelación de la frágil profundidad de su cariño por su Maestro lo llevó a la cruda honestidad: “Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te quiero”. Es como si le dijera: “Señor, todo lo que tengo es este ca-

riño, que no alcanza verdaderamente al amor. Tú conoces mi alma y sabes que no te amo con todo lo que soy. Fallo constantemente y está demostrado que no estoy dispuesto a dar mi vida por ti. Me caes bien, deseo seguirte, pero todo lo que puedo ofrecer es que te quiero”.

Tras esa respuesta, Jesús le dio a Pedro el mismo llamado, y posteriormente profetizó sobre la clase de muerte con la que este discípulo glorificaría a Dios. La tradición dice que Pedro fue crucificado por el Imperio Romano. Sin embargo, cuando lo iban a crucificar en la posición convencional, solicitó que lo hicieran con la cabeza hacia abajo porque no era digno de morir de la misma manera que su Maestro. ¿Al final de su historia Pedro amó a Jesús? Claro que sí. Porque uno no da la vida por alguien que no ama.

Pero ¿dónde comenzó todo? En un “te quiero”... un simple, tenue y honesto “te quiero”.

Dios no se asombra cuando nos ufamamos de nuestras capacidades. A veces tenemos que fracasar para descubrir que somos más débiles de lo que suponemos. Cuando enfrentamos el fracaso, nos convertimos en personas más honestas, dejamos de obsesionarnos con la pretensión. Los golpes de las pérdidas nos pueden dirigir a la lona de la sinceridad. En el caso de Pedro fue la negación, pero en tu caso se puede tratar de un divorcio, de una relación rota, de una quiebra económica, de la muerte de un ser querido, de una carrera profesional que parece no tener un futuro o de una enfermedad. El fracaso se presenta de diversas formas.

Tenemos que aceptar que, con más frecuencia de la que quisiéramos, la vida nos vence, nos atropella, nos queda grande. Y Jesús es experto en restaurar a aquellos a los que la aspereza de la realidad les reveló su incapacidad y

sienten que todo lo que tienen por ofrecer es demasiado pequeño. Ningún corazón es un desperdicio en las manos del Creador del Universo. El Señor no busca inflar las ilusiones orgullosas de los personajes que mostramos; busca trabajar con la completa sinceridad de quienes somos. Él *siempre* será capaz de convertir un honesto “te quiero” en un “te amo” glorioso.

El valor de las fisuras

Corinto. siglo I. El apóstol Pablo le escribe a una iglesia que está atravesando por retos profundos, especialmente en el área doctrinal. Se habían levantado líderes que se ufanan de sus capacidades, méritos, talentos y de lo fantásticos que eran como seres humanos y siervos de Dios. Contrario a lo que la intuición dictaría, la iglesia no sentía repulsión hacia esa clase de personas, sino que las tenían en un pedestal de admiración.

La idealización es extraña...y tóxica. Porque en el inconsciente colectivo se generan expectativas irreales respecto a quiénes son nuestros héroes. Ellos se convierten en personas que (supuestamente) no se equivocan ni tienen debilidades, que están a un nivel diferente de los demás. Y esto, evidentemente, lleva a la soberbia. Una comunidad construida alrededor de personas aparentemente perfectas se basa en el alarde, no en la humildad; en la vanidad, no en la esperanza; en lo ideal, no en la realidad.

El peligro de la idealización no radicaba solamente en esos héroes de plástico con vidas impolutas, sino que los miembros de la iglesia querían ser como ellos. Uno siempre busca reproducir aquello que admira. Así que, si el ciclo seguía, la comunidad se convertiría en un grupo que solamente mostraría lo asombroso que es, de tal manera

que rechazarían, limitarían y estigmatizarían a aquellos que tienen debilidades, que luchan diariamente, que fracasan...en pocas palabras, que son personas. La iglesia de Corinto estaba en peligro de convertirse en una comunidad para “ángeles”, aun cuando la iglesia fue diseñada para humanos.

Queriendo alterar las fibras de esta tendencia malsana, Pablo (el apóstol-misionero-escritor-predicador-pastor-maestro) escribe estas extraordinarias líneas:

Pero él me dijo: “Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad.” Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo.

Por eso me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo, porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

(2 Corintios 12:9-10)

Si había alguien que tenía las posibilidades para enorgullecerse de sus logros, capacidades y talentos, era Pablo. Pero él escogió enorgullecerse de sus imperfecciones, sus debilidades, sus luchas, aquellas áreas de su vida que no estaban resueltas, esos cuartos clausurados en el silencio del alma.

Esto tiene una profundidad que nos conecta con Dios mismo. Es en esos lugares de nuestra vida donde todo está al revés que podemos ver más claramente el obrar divino. En las grietas de tu alma puedes escuchar la tierna voz de Jesús diciendo: “Yo también estoy *ahí*”.

Los jarrones orientales son sumamente exclusivos, porque son hechos artesanalmente con materiales finísimos. No

son diseñados en serie; cada uno es elaborado cuidadosamente por las manos de un orfebre. No existen dos iguales, lo cual significa que tener uno es extremadamente costoso.

Pero hay ocasiones donde los jarrones orientales se quiebran.

¿Qué se hace en esos momentos?

Los japoneses tienen una tradición hermosa. Cuando reciben en sus talleres un jarrón quebrado, lo vuelven a unir. Invierten su esfuerzo y sus energías en hacer encajar cada pieza nuevamente en su lugar, para que la obra vuelva a su estado original. Lo magnífico es que las grietas las vuelven a unir... ¡con oro puro! Así que un jarrón restaurado vale mucho más que lo costaba originalmente. Y aquí está el principio de porqué ellos tienen esta disciplina: reconocen que el valor del jarrón está en sus fisuras.

Si alguna vez has hablado con personas que tienen la vida resuelta, que todo es perfecto, que nunca se equivocan, que todo ha sido un lecho de rosas, *algo* en tu interior va a generar una profunda molestia hacia ellos. Estás siendo testigo de un comportamiento que lucha contra la esencia de lo que somos. Te sientes escuchando a los héroes plásticos de Corinto, no a seres humanos reales, como Pedro o Pablo, como tú o como yo. Son jarrones valiosos, pero en su vida no hay oro.

Si te preguntara por lo momentos que te han hecho quien eres hoy, seguramente me contarías de tus derrotas, dolores, heridas, pérdidas, de los instantes en los que sentiste que todo se desmoronaba, de esas largas noches de llorar un fracaso, de aquellas etapas en las que sentiste que la vida te quedó grande.

Quizás el día de mañana mencionarás una experiencia como esta pandemia y sus implicaciones. Es que, a pesar del dolor vivido, a Dios nada de esto lo tomó por sorpresa, él sigue derramando la misericordia que requerimos para atravesar las circunstancias que enfrentamos. Todas ellas.

Los momentos que más atesoras probablemente son también los más difíciles, y ahora que miras hacia atrás puedes ver el misterioso valor que tienen. Ahora ves tus cicatrices y te das cuenta que no quieren decir que nunca te hirieron o que no fallaste; quieren decir que sanaste. Por la gracia de Dios, eres un sobreviviente. Descubres que en las fisuras de tu existencia hay oro puro.

Así que no te sientas mal por ser imperfecto.

Tu debilidad no es una barrera para Jesús; es el escenario ideal para que su gracia se manifieste.

Capítulo 5

Vivir para morir

La música es una de las expresiones artísticas más hermosas que Dios nos ha regalado.

Cuando una persona decide estudiar música a temprana edad, tiene que ir aprendiendo a educar su oído. Independiente del instrumento que escoja es importante conocer las notas, las melodías y las armonías. En mi caso, en el colegio tenía un profesor que nos enseñaba a diferenciar las distintas notas. Lo básico era distinguir los acordes mayores de los menores. La metodología que usó para ayudarnos a hacer la distinción era que pensáramos que los acordes mayores sonaban felices, mientras que los acordes menores sonaban tristes. De la misma manera, cuando le preguntábamos por qué el piano tenía teclas blancas y teclas negras, nos decía que las blancas eran las naturales y las negras las alteradas (sostenidos o bemoles). (Solamente la escala de Do Natural usa exclusivamente las notas blancas, todas las otras utilizan las negras).

A medida que avanzamos en las clases, nos explicó que una canción *siempre* tendría notas felices y notas tristes. Cualquier movimiento musical importante a lo largo de la historia humana, bien sea en música clásica o de otro tipo, conjuga notas tristes y alegres, acordes mayores y menores, notas negras y blancas.

Obviamente, la música es muchísimo más compleja y rica de lo que puedo explicar en esta experiencia colegial, pero creo que esta idea básica es muy valiosa no solo porque ayudó a unos niños a tener nociones generales de música, sino porque es evidente la conexión que tiene con la vida. Todos sabemos que hay notas tristes y notas felices.

La vida es la combinación de ambas cosas.

Nos encantaría delimitar los momentos tristes y felices, tratar de agendarlos en un calendario y suponer que los unos no van a interferir con los otros. Ninguno de nosotros hubiera imaginado que durante los primeros meses del 2020 enfrentaríamos una pandemia de nivel global con todas sus implicaciones. La verdad, no hay tal cosa como años buenos y malos, ni siquiera días buenos y malos, porque la vida es mucho más vertiginosa que eso y a veces simplemente se trata de un conglomerado de momentos que se unen para hacer una armonía que pasa por distintas etapas.

Atesoramos tanto los momentos alegres como los dolorosos, porque a veces son estos últimos los que más nos han marcado como personas. Nuestras canciones favoritas también tienen acordes menores. Y estoy convencido que parte esencial de la gracia de Dios es que tiene la capacidad de convertir los momentos dolorosos en instantes donde podemos ver su gloria. No quiere decir que no ocurren ni que no sufrimos con ellos, sino que cuando los enfrentamos con Jesús lo hacemos desde una plataforma diferente.

En los evangelios también encontramos notas tristes, como el día que Lázaro, un amigo de Jesús, murió.

Respuesta inesperada

Había un hombre enfermo llamado Lázaro, que era de Betania, el pueblo de María y Marta, sus hermanas.

María era la misma que ungió con perfume al Señor, y le secó los pies con sus cabellos. Las dos hermanas mandaron a decirle a Jesús: “Señor, tu amigo querido está enfermo”.

Cuando Jesús oyó esto, dijo: “Esta enfermedad no terminará en muerte, sino que es para la gloria de Dios, para que por

ella el Hijo de Dios sea glorificado”.

Jesús amaba a Marta, a su hermana y Lázaro. A pesar de eso, cuando oyó que Lázaro estaba enfermo, se quedó dos días más donde se encontraba.

(Juan 11:1-6)

Jesús estaba ejerciendo su ministerio en una zona de Palestina cuando le informaron que un amigo suyo estaba enfermo. A este punto del evangelio se han atestiguado varias sanidades, por lo que podemos inferir que le contaron a Jesús no solamente para informarle sino para que sanara a Lázaro. Sin embargo, Jesús *se quedó* donde estaba. Y esperó lo suficiente... hasta que Lázaro murió. ¿Por qué? ¿Puede haber una imagen más desconcertante, una respuesta más inesperada? ¿No que Jesús lo quería?

Suponemos que, si Dios es Dios y además de eso nos ama, entonces debería impedir el sufrimiento. Entendemos perfectamente la pregunta que levantaron posteriormente las personas frente a la tumba de Lázaro:

Pero algunos de ellos comentaban:

—Éste, que le abrió los ojos al ciego, ¿no podría haber impedido que Lázaro muriera?

(Juan 11:37)

En varias representaciones religiosas se tiene la idea de que seguir a Dios es una especie de seguro que nos salva de experimentar cualquier sufrimiento. Los seres humanos no quisiéramos pasar por situaciones que impliquen dolor. Que movimientos que predicen “pare de sufrir” sean tan populares es natural y entendible cuando comprendemos nuestra vulnerabilidad. No obstante, el propósito de Jesús no es quitarnos los sufrimientos, sino que aprendamos a atravesarlos.

Te daño el final de la historia: Jesús resucitó a Lázaro, superando así el punto final que significaba la muerte.

Sin embargo, no hay resurrección si antes no hay una muerte.

La vida que ofrece Jesús no se trata de ausencia de dolor, sino de la posibilidad de redimirlo. Jesús hizo relativo aquello que hasta ese momento era absoluto, la muerte, demostrando así que cualquier dolor es susceptible de ser transformado. Porque el sufrimiento puede ser el punto exacto donde veamos la gloria de Dios. La resucitación de Lázaro no fue linda ni fácil, no ignora la angustia ni niega la desazón, pero fue gloriosa.

Jesús es experto en quebrar las suposiciones que tenemos acerca de él, para así mostrarnos verdaderamente *quién es él*. Él está más interesado en manifestar su nombre que en fortalecer una reputación. ¿Cuál es la diferencia? El nombre es lo que uno es en realidad, la reputación es lo que la gente cree que uno es. Lo que las personas estaban pidiendo y esperando no era más, en realidad era menos. Una resurrección es más gloriosa que una sanidad.

Nuestras expectativas de gloria tienden a quedarse cortas frente a lo que Jesús realmente puede hacer.

Porque cuando vemos a Dios actuar no solo cambia nuestra situación, también cambia nuestro corazón.

La mayor muestra de amor que Jesús puede darte no es un milagro, es su gloria. En su definición más fundamental, la gloria de Dios es la manifestación de su presencia, el testimonio de que está presente. Cuando hablamos de la gloria de Dios, solemos pensar que él es una especie de egocéntrica que solo piensa en sí mismo, pero todo el tiempo

vemos que la mejor muestra de amor hacía otros sucede cuando nos damos, cuando estamos completamente presentes, cuando regalamos nuestra presencia. Los dolores más profundos de los hijos no ocurren cuando los padres no dan cosas, sino cuando no se dan a ellos mismos, cuando no están presentes en los momentos más complicados y las dudas más profundas, cuando ni siquiera tienen un segundo de plena atención para escuchar lo que late en el corazón de los suyos. Un padre que trabaja para darles todo a sus hijos, pero nunca se da, no les está mostrando verdadero amor.

Lo contrario de ausencia es presencia.

De ninguna manera es deshonoroso para Dios caminar a nuestro lado cuando la vida toma un rumbo insospechado o cuando las expectativas que teníamos se derrumbaron ante nuestros ojos. No es ninguna humillación para su nombre acompañarnos en nuestra fragilidad. Las inquietudes que se levantan en medio de lo inesperado no le quitan nada a la grandeza del Señor. Jesús no necesita de nuestra aprobación para manifestar su gloria. Porque él sigue estando presente y actuando aún en nuestra desesperanza, temor, desasosiego y falta de fe.

Jesús amaba a Lázaro, pero no corrió en su auxilio tan pronto como se enteró de su situación. Esa idea nos parecía contradictoria, incompatible, pero ahora descubrimos que no es así. El sufrimiento no significa que Dios ha dejado de amarnos. Él abraza la totalidad y la complejidad de la experiencia humana. La esperanza surge cuando sabemos que el amor de Dios no está condicionado por nuestras circunstancias. Su gracia permanece firme en los callejones más oscuros de la vida. Él no ha dejado de amarte ni un solo instante. El sufrimiento te puede haber hecho creer eso, pero simplemente no es verdad.

No existe ninguna experiencia humana que tenga la más remota posibilidad de poner en jaque la gracia del Señor. Nada, ni siquiera una pandemia de nivel global, una cuarentena que parece nunca terminar, las tragedias de morir en soledad por causa del confinamiento, las crisis económicas que se están desatando o el temor, la ansiedad y la tristeza que suele visitarnos inesperadamente, pueden apartarnos de la misericordia que Dios nos regaló en Jesús.

Nada puede separarnos de su amor (Romanos 8:38-39).
Nada.

Reestructuración necesaria

*Cuando Marta supo que Jesús llegaba, fue a su encuentro;
pero María se quedó en la casa.*

—Señor—le dijo Marta a Jesús—, si hubieras estado aquí, mi hermano no había muerto. Pero yo sé que aun ahora Dios te dará todo lo que le pidas.

—Tu hermano resucitará—le dijo Jesús.

*—Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final—
respondió Marta.*

Entonces Jesús le dijo:

*—Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá,
aunque muera; y todo el que vive y cree en mí no morirá
jamás. ¿Crees esto?*

*—Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el
que había de venir al mundo.*

(Juan 11:20-27)

Marta tenía una teología correcta. En su diálogo evidencia que es una persona que tenía una construcción clara: esta vida no es el todo de las cosas; al final de los tiempos, Dios

restaurará su creación, la cual ha sido dañada por el pecado. Y además de eso comprendía a Jesús como el Mesías, el enviado de Dios para la salvación de su pueblo y de la humanidad misma. Este tipo de declaración en los evangelios solamente es puesta en labios de los discípulos, las personas más cercanas a Jesús.

No obstante, el problema no es el conocimiento que se tiene acerca de Cristo, sino que, con frecuencia, eso se convierte en un impedimento para que podamos comprender las implicaciones presentes de esa verdad. Marta reclamaba porque Jesús no había estado, sin darse cuenta que Jesús *ya estaba*. Paradójicamente, las construcciones teológicas pueden hacernos ciegos al actuar de Cristo en nuestra realidad. Le hemos dedicado tanto tiempo a analizar el futuro y a discutir sobre lo que pudo haber sido que no nos damos cuenta del presente. Establecemos teorías que nublan nuestra práctica.

Si Jesús no es una realidad presente para nosotros, no lo estamos conociendo realmente. Porque la resurrección más que un evento es una persona, y sólo será un evento si creemos en la persona.

La muerte es la consecuencia última del pecado o, como diría Pablo, “la paga del pecado es la muerte” (Romanos 6:23). Por lo tanto, en un sistema gobernado por el pecado, tarde o temprano la muerte llegará y será definitiva. Cuando Jesús dice que él es la resurrección y la vida, que es el opuesto de la muerte, está diciendo que en él mismo se subvierte esa corriente que había gobernado a la humanidad desde que ella decidió alejarse de los planes de Dios. En él se encuentra un nuevo rumbo para la historia humana, ya no gobernada por el pecado y sus consecuencias, sino gobernada por él como el Mesías, como el Cristo, como el Señor.

Si es más poderoso que los efectos, es más poderoso que la causa.

Si Jesús es más poderoso que la muerte misma, es más poderoso que el pecado.

Encontrarnos con Jesús como la resurrección y la vida es una reestructuración de nuestras construcciones teológicas, que con frecuencia versan sobre las hipótesis (“si hubieras estado aquí...”) o sobre el futuro (“en el día final”). La gran mayoría de escritos que reflexionan sobre lo que tiene por decir la Palabra de Dios para una pandemia como la actual siguen esa misma línea. Algunos nos dirigen al terror, otros hacia la adoración; algunos más a la especulación, otros hacia el remordimiento o quizás a descubrir la superficialidad con la que manejábamos tantos asuntos. Todas esas discusiones tienen su lugar, pero nos pueden distraer de lo verdaderamente importante: tener a Cristo ante nosotros, como una realidad con implicaciones presentes, actuales, que nos afectan aquí y ahora. Si nuestra vida está gobernada por él, eso implica ciertas realidades que deben trascender los parámetros de lo religioso y llegar a todos los rincones de nuestra existencia. Jesús es experto en derrumbar nuestras construcciones acerca de él, y eso es lo mejor que nos puede suceder: que nuestras suposiciones colapsen para que él viva.

Jesús no es un tema por discutir, es una persona por disfrutar.

Por eso la pregunta fundamental es: ¿cómo te afecta eso hoy? ¿Cómo ves tu vida a la luz de ese hecho? Si pensamos que la fe se trata de unas reuniones semanales o de un apartado de la vida al que le ponemos cuidado con cierta frecuencia, situaciones como una pandemia o como el encierro de una cuarentena nos pueden llevar al borde

del colapso. Navegaremos al vaivén de las circunstancias, rogando desesperadamente que las tormentas se acaben para volver a la normalidad. Nuestro corazón clamará por eventos diferentes, cuando lo que requerimos es la persona indicada. El único que puede sostenernos plenamente para atravesar incluso el dolor de la misma muerte es aquél que es la resurrección y la vida.

Reacción emocional

Cuando María llegó adonde estaba Jesús y lo vio, se arrojó a sus pies y le dijo:

—Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.

Al ver llorar a María y a los judíos que la habían acompañado, Jesús se turbó y se conmovió profundamente.

—¿Dónde lo han puesto? —preguntó.

—Ven a verlo, Señor—le respondieron.

Jesús lloró.

(Juan 11:32-35)

Normalmente citamos esta escena cuando nos encontramos en situaciones de profundo dolor, de desconcierto y de sufrimiento, y lo hacemos porque saber que Jesús lloró es uno de los testimonios más gloriosos de identificación que la humanidad haya experimentado. En medio del dolor es importante saber que contamos con él, que entiende nuestras miserias, nuestra debilidad, nuestro quebranto. No creemos en un ser que nos ve desde lejos y que solamente se acerca para señalarnos por todas nuestras faltas, sino que él es alguien que llora, que atraviesa el tormento de la ausencia del ser amado. A Jesús también le dolió la muerte. Es paradójicamente hermoso que el recuerdo del sufrimiento se convierta en la muestra de identificación de

Jesús con nosotros.

Desde el principio, uno de los ejes de la conversación ha sido que todo este escenario se hubiera podido evitar. Y es en este punto donde encontramos que, si nos quedamos ahí, concluimos que esta situación no era dolorosa para Jesús. Suponemos que este momento no fue difícil para Jesús, porque es Dios o porque sabía lo que iba a pasar. Sin embargo, él también atravesó el sufrimiento de ver lo que causa la muerte y experimentó la ausencia de alguien que amaba.

La muerte de Lázaro fue una elección voluntaria de Jesús, el único que tenía la posibilidad de subvertir semejante situación desde un principio.

Jesús no evitó su propio dolor.

Lo escogió.

Estas escenas son una radiografía del corazón humano, que con todas sus fuerzas se aferra a lo que tiene delante de él para evitar el sufrimiento, incluso si eso es Jesús mismo. Es decir, nuestra confianza en Jesús está mediada por la cantidad de sufrimiento que experimentamos. Seguimos el instinto de cuestionar la bondad divina cuando atravesamos por momentos dolorosos. Hacemos del bienestar (obviamente interpretado en nuestros términos) nuestro dios, nuestro anhelo supremo, y entonces Jesús se convierte en una especie de herramienta útil para conseguir lo que en realidad nos importa.

Tenemos un ídolo: no sufrir.

Pero Jesús intencionalmente hace colapsar ese dios. Porque

no lo evita, sino que lo restaura. Se puede experimentar el dolor y el sufrimiento en su totalidad, sin que eso sea necesariamente el final de la historia. El poder de Jesús se manifiesta precisamente en utilizar el sufrimiento para un bien mayor, de tal manera que ese ídolo humano se constituye en un simple medio para exhibir quién es el que verdaderamente importa.

Jesús no es un medio para conseguir un fin, no nos acercamos a él para obtener *algo más*, sino que nos acercamos a él por quién es él. Nuestro mayor bien no es no sufrir; nuestro mayor bien es Jesús.

Invertimos esfuerzos extraordinarios en la vida por evitar el sufrimiento, pero ¡cuánto nos enseña Jesús al elegir atravesarlo! Él permanece fiel en medio de cualquier dolor y es capaz de restaurarlo con su presencia. Ni en ese entonces ni ahora, la muerte, la enfermedad o las consecuencias del mal han superado a Jesús.

A veces pensamos que el que más ha sufrido en este mundo caído es el ser humano; sin embargo, la vulnerabilidad del llanto de Jesús nos demuestra que no es así. A Dios le duele nuestro dolor. Jesús lloró por lo que el pecado le ha hecho a la creación.

Eso incluye los sufrimientos globales más terribles, pero también todos esos dolores cotidianos y punzantes que nos visitan constantemente y adquieren una fuerza abrumadora cuando se van acumulando. Situaciones usuales que nos frustran, nos hacen sentir menos, nos dirigen a la zozobra: las incesantes tareas del hogar en una cuarentena que nos llevan a sentirnos como un hámster en su rueda que no se dirige a ningún lado, el pasar todo el día junto a nuestra pareja y las inevitables tensiones y discusiones que ello

genera, experimentar la tristeza sin poder salir, la percepción de falta de libertad, la profunda sensación de soledad que abrigan muchos y que no ha hecho más que crecer, la violencia intrafamiliar que sufren otros, los sueños rotos que no sabemos si volverán a resurgir. El dolor es diverso, pero real.

Sin embargo, el dolor, en cualquiera de sus manifestaciones, también es un escenario perfecto para experimentar a un Dios real, que trasciende el plano teórico, las discusiones objetivas, lógicas y alejadas de la realidad. Lo maravilloso de la experiencia cristiana es que es realista, no es un “pare de sufrir”, más bien es un “el sufrimiento no tiene la última palabra”.

Resucitación milagrosa

Conmovido una vez más, Jesús se acercó al sepulcro. Era una cueva cuya entrada estaba tapada con una piedra.

—Quiten la piedra—ordenó Jesús.

Marta, la hermana del difunto, objetó:

—Señor, ya debe oler mal, pues lleva cuatro días allí.

—¿No te dije que si crees verás la gloria de Dios? —le contestó Jesús.

Entonces quitaron la piedra. Jesús, alzando la vista, dijo:

—Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Ya sabía yo que siempre me escuchas, pero lo dije por la gente que está aquí presente, para que crean que tú me enviaste.

Dicho esto, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Lázaro, sal fuera!

El muerto salió, con vendas en las manos y en los pies, y el rostro cubierto con un sudario.

—Quítenle las vendas y dejen que se vaya—les dijo Jesús.

(Juan 11:38-44)

Esta es la cumbre narrativa de los milagros que relata Juan

en su evangelio. En las manifestaciones anteriores se reconocía el poder de Jesús e incluso se hicieron intentos para nombrarlo rey a la fuerza, ya que podía suplir las necesidades de las personas; pero en este caso vemos un evento glorioso que manifiesta la divinidad de Cristo, su gloria misma.

Como dijimos en otro capítulo, uno de los temas centrales en el evangelio de Juan son las señales. Si las rastreamos, nos daremos cuenta del valor que tiene esta narración en la perspectiva de la teología de Juan. Para ello, veamos esta breve mención de las señales que encontramos en el evangelio:

- Juan 2: El agua en vino
- Juan 4: La hija del oficial
- Juan 5: Sanidad paralítico
- Juan 6: Multiplicación pan
- Juan 6: Caminar sobre el agua
- Juan 9: Sanidad ciego
- Juan 11: Resurrección Lázaro

Si cuentas, descubrirás que hay un total de 7 señales. Para los judíos, los números eran de suma importancia porque estaban relacionados con su manera de entender a Dios y a la Torá. El número 7 comúnmente está conectado con los días de la Creación, y esta idea es reforzada por cómo comienza Juan su evangelio: “en el principio era el Verbo” (Juan 1:1), que es una clara alusión al primer versículo de Génesis. Por eso cuando estudiamos las señales nos damos cuenta que debemos verlas desde esa perspectiva más amplia.

Por ejemplo, la sexta señal se refiere a un hombre que era ciego. Jesús, *usando barro hecho con su propia saliva*, se lo

untó en los ojos y el hombre pudo ver (Juan 9:6-7). Uno podría decir sencillamente que Dios hace milagros peculiares y que cada uno es diferente, pero estaríamos perdiendo de vista el valor de las señales. En el sexto día de la creación, Dios formó al ser humano ¿de dónde? Del polvo de la tierra. Le dio vida a un ser que había formado desde el barro. Este acto creativo está formando una conexión profunda con quién es Jesús y la nueva creación que vino a inaugurar.

Ahora, según el relato de Génesis, en el séptimo día Dios descansó, para contemplar su creación, la cual era buena en gran manera. ¿Qué tiene que ver eso con la resucitación de Lázaro? El relato de la creación en Génesis es abruptamente interrumpido y dañado por la invasión del pecado en la historia humana. Como dije antes, la muerte no era un plan original de Dios, sino que es una consecuencia del pecado, de pretender vivir lejos de él. En esta séptima señal se manifiesta que Dios está envuelto en el firme propósito de restaurar la creación que se echó a perder por causa del pecado, revirtiendo la consecuencia última del mismo que es la muerte. Dios no ha renunciado a su proyecto inicial. Él no empezó una creación distinta, sino que vino a esta para renovarla.

Aquí Jesús está reclamando sobre sí mismo el hecho de que su poder es el mismo del Creador de todo lo que existe. El Dios que con su palabra le dio a la vida al ser humano, ahora lo rescata con su misma palabra de las garras de la muerte. Jesús es la vida de la creación que está en proceso de restauración.

Eso nos debería dar esperanza.

Porque nosotros no seguimos a una filosofía, ni a una serie

de reglas por cumplir, ni pretendemos ser mejores personas por nuestro propio esfuerzo, sino que estamos involucrados en una experiencia relacional con el Creador de la vida. No importa lo que el pecado y la muerte hayan escrito en nuestra vida, sus palabras no son más poderosas que las de Aquél que trajo a la existencia todo el Universo. No tenemos un “diosito” al que podamos manipular con nuestros comportamientos ni mantener contento yendo una vez por semana a una reunión (así sea virtual), sino que estamos siendo invitados a verlo a él como la vida, como ese ser supremo que es el único capacitado para traer luz a los entornos que no tienen esperanza, a aquellas situaciones que consideramos irreversibles y que nos sobrepasan.

No tenemos que pasar mucho tiempo en el escenario de la vida para darnos cuenta que hay muchas cosas que exceden nuestro control. La pandemia del coronavirus es solamente una de ellas. Nos encantaría que no hubiera sufrimiento en nuestras vidas, pero nos llega de manera inesperada y con más frecuencia de la que quisiéramos. El punto central de esta historia es que dejemos de mirar a Jesús simplemente como una persona que hace favores a diestra y a siniestra, cuyo único propósito es evitarnos el sufrimiento, y lo veamos a él como la resurrección y la vida, como aquel que nos otorga una clase de vida que ya no tiene que vivirse a la sombra del pecado y de la muerte.

Si el pecado ha escrito la mayoría de líneas en tu vida, tener al Señor del universo como nuevo escritor es la mejor idea.

Si cuentas con el Creador de todo, estás en buenas manos.

Una razón para morir

Dentro de las rarezas que encierra la vida que Cristo ofrece está el hecho de que la muerte, sin embargo, no se elimina del mapa.

Uno pensaría que semejante milagro haría de Lázaro una especie de ser glorioso al que ya no le preocuparía la muerte, pero la verdad es que regresó como un hombre común y corriente... bueno, en realidad pasó a ser un perseguido por la élite religiosa y política. Jesús lo resucitó para complicarle la vida:

Entonces los jefes de los sacerdotes resolvieron matar también a Lázaro, pues por su causa muchos se apartaban de los judíos y creían en Jesús.

(Juan 12:10-11)

Si soy completamente honesto, mi primera reacción cuando leí este versículo fue: “¿y entonces Jesús lo resucitó para que lo mataran?”. Desde mi punto de vista, era un absurdo. Pero después comprendí que en realidad era una clase de muerte diferente, específicamente por las causas. La causa de la primera muerte de Lázaro fue la enfermedad; pero ahora la causa de su eventual muerte sería Jesús.

Lázaro volvió a vivir para morir por Jesús.

Porque hallamos el sentido de nuestra vida cuando encontramos aquello por la que la daríamos.

O, en otras palabras, la vida valdrá la pena hasta que descubras una razón por la cual estarías dispuesto a morir.

En un sentido concreto, Lázaro fue uno de los primeros mi-

sioneros perseguidos de la historia de la fe. Cristo le había dado la vida, y ahora él estaría dándola por Cristo.

Ojalá dejemos de ver a Jesús como alguien que simplemente nos hace favores para arreglar nuestras vidas, sino que nuestra vida entera se rinda a él. Porque así veremos que ni la enfermedad ni la muerte ni el pecado pueden acallar las voces de aquellos que están dispuestos a dar su vida por la causa de Jesús.

Epilogo

Por ese día...

Domingo de Resurrección, 12 de abril de 2020.

La muerte te visitaba y era para siempre,
no había aplazamientos ni vuelta atrás.

Su puño sólo escribía puntos finales,
y te recordaba que eras eso, un paréntesis diminuto en la
incesante historia humana.

No importaba tu poder, posición o cantidad de dinero,
cuando se dictaba sentencia, no podías apelar a lo que
tanto te enorgullecía.

Era la gran reguladora. La que con una sonrisa socarrona te
decía: “polvo eres, sólo eso eres”.

Y bailó con orgullo ese día, confiada en que también le
succionó la vida al Hijo de Dios y nos hizo creer que toda
la historia era en vano. Su agujijón era más poderoso que
cualquier reino.

Pero llegó ese día...

Y la vida no es la misma, porque ella ya no es la misma.

Su mano ya no escribe puntos finales, sólo puntos seguidos.

Ella era el cierre, pero ahora solamente es una pausa.

Pensaba que aquella piedra en una tumba prestada era
símbolo de su poderío, pero ahora sólo es un recordatorio
de su insignificancia.

Porque no, ella no le pudo ganar a él. Lo creyó, pero se
equivocó.

Por primera vez y para siempre, dio un paso atrás,
y desde entonces sigue caminando en esa dirección.

Por ese día, oh Muerte, te hago una pregunta:
¿dónde está tu agujijón?

Puedes seguir el trabajo de Miguel Pulido en:
www.pulidomiguel.co



@pulidomiguel1



@miguelpulido

También puedes escuchar su *podcast*
“Para La Biblia Real” en:
Spotify, Deezer, Ivoox y ApplePodcast